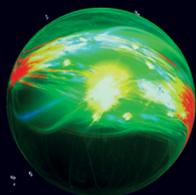
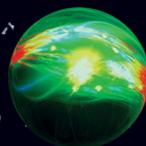
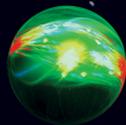
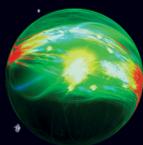


# JÚPITER, HAY ALGO QUE NO SABES

David Alfonso Estrada





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales  
**Carlos Eduardo Barrera Díaz**  
*Rector*

Doctora en Ciencias de la Educación  
**Yolanda Eugenia Ballesteros Senties**  
*Secretaria de Docencia*

Doctora en Ciencias Sociales  
**Martha Patricia Zarza Delgado**  
*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Ciencias del Agua  
**Francisco Zepeda Mondragón**  
*Secretario de Extensión y Vinculación*

Doctora en Humanidades  
**María de las Mercedes Portilla Luja**  
*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Ciencias de la Educación  
**Marco Aurelio Cienfuegos Terrón**  
*Secretario de Rectoría*

Doctora en Ciencias Económico Administrativas  
**Eréndira Fierro Moreno**  
*Secretaria de Administración*

Doctor en Educación  
**Octavio Crisóforo Bernal Ramos**  
*Secretario de Finanzas*

Doctor en Ciencias Computacionales  
**José Raymundo Marcial Romero**  
*Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional*

Doctora en Derecho  
**Luz María Consuelo Jaimes Legorreta**  
*Abogada General*

Doctor en Ciencias Sociales  
**Luis Raúl Ortiz Ramírez**  
*Secretario Técnico de la Rectoría*

Licenciada en Comunicación  
**Ginarely Valencia Alcántara**  
*Directora General de Comunicación Universitaria*

Doctora en Ciencias de la Educación  
**Sandra Chávez Marín**  
*Directora General de Centros Universitarios y  
Unidades Académicas Profesionales*

Júpiter,  
hay algo que no sabes

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración

**Jorge Eduardo Robles Alvarez**

*Director de Publicaciones Universitarias*

Mención honorífica

18° Premio Internacional de Narrativa

"Ignacio Manuel Altamirano" 2021

*Jurado*

Ana Clavel, México

Humberto Guzmán, México

Antonio Ortuño, México

David Alfonso Estrada

# JÚPITER, HAY ALGO QUE NO SABES



**Universidad Autónoma del Estado de México**

*"2021, Celebración de los 65 años de la Universidad Autónoma del Estado de México"*

Primera edición, septiembre 2021

*Júpiter, hay algo que no sabes*

David Alfonso Estrada

Universidad Autónoma del Estado de México Av.

Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mxv>

ISBN: 978-607-633-346-4

Hecho en México

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Corrección de estilo: María José Gallardo Rubio

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Formación: Elizabeth Vargas Albarrán

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



## CONTENIDO

Presentación	9
Esto cambiará tu vida	13
Luz Records	21
Lector Energético de Agua	29
Hay algo que no sabes	45
La kryptonita	55
El sueño de Gilgamesh	65
Júpiter	75
¿Ya vas a ser una estrella de rock?	81
Voy para allá	87
Convertirnos en dioses	93
Fuente de juventud	99
La facultad de olvidar	105
Un rayo caído del cielo	113
Un desprendimiento corpóreo	119
¿Hay forma de que sea yo mi propio obstáculo?	127
Las cosas no funcionan así, amigo	135
El fénix	141
Y a pesar de lo mucho que amo estar así contigo	151



## PRESENTACIÓN

Ignacio Manuel Altamirano fue un escritor mexicano nacido en 1834, en Tixtla, municipio que entonces pertenecía al Estado de México y hoy es parte de Guerrero. Escritores de la talla de Juan Rulfo lo reconocen como el padre y maestro de la literatura mexicana.

Altamirano estudió en el Instituto Literario de Toluca (antecedente de la Universidad Autónoma del Estado de México), bajo la tutela intelectual de Ignacio Ramírez Calzada, “El Nigromante”.

Sus principales obras literarias –entre las que destacan *Cuentos de invierno*, *Navidad en las montañas* y *El Zarco*– fueron publicadas durante los últimos 31 años del siglo XIX. Murió en Italia cumpliendo una misión diplomática ordenada por el entonces presidente de México, Porfirio Díaz, en 1893.

El Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” fue instituido por la Universidad Autónoma del Estado de México en 2004 con el objetivo de honrar a este hombre de las letras, apasionado por la libertad.

El jurado calificador estuvo integrado por los escritores Ana Clavel, Humberto Guzmán Juárez y Antonio Ortuño, quienes

otorgaron el premio a la novela *Hotel Francés* del mexicano Raúl Carrillo Arciniega, obra que, en palabras de la escritora Ana Clavel, “explora la relación con la madre, plagada de desencuentros y traiciones, desde una mirada masculina. Y lo hace con oficio novelesco y un estilo literario sólido”.

Sin duda alguna, la publicación de esta obra viene a enriquecer la prolífica narrativa mexicana con una escritura y una historia originales e innovadoras. Deseo que sea para bien de las letras hispanoamericanas y para el goce de los lectores actuales y futuros.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

*Rector*

*Inspirada en mi Abuela Mimi.  
Porque la nación que se olvida de sus abuelos  
pronto será olvidada.*



**ESTO CAMBIARÁ  
TU VIDA**



RECIBO UN MENSAJE de Eduardo en el móvil: *Llego en cinco minutos. ¿Estás listo?*

No estoy listo. No como me gustaría, con algo en el estómago además de un café. Apenas visto el pantalón, estoy por calzarme los botines.

Aunque fui advertido de la seriedad del encuentro, no recojo mi cabello ni afeito mi barba y bigote de meses. Mi aspecto mesiánico me da seguridad en mi nueva etapa como cantautor. Cepillo mis dientes merodeando por el departamento entre botellas de cerveza sobre los muebles y ropa tirada en el suelo. Abro el armario, tomo la camisa mejor planchada y un suéter negro. Me pongo el abrigo. Al observarme en el espejo de cuerpo completo, me colma un inusual orgullo propio que solo experimento al recibir aplausos y flashes. Lo admito, más que una persona virtuosa, soy un hombre vano.

Seis meses han pasado tras mi última obra de teatro, un musical sobre la vida y muerte de John Lennon. Durante este periodo sabático, con ciertas dificultades técnicas, compuse quince canciones. A mi juicio todas valen la pena

ser escuchadas, pero reconozco que solo algunas tienen el genio de la lengua hilvanado con la inspiración de los pocos instrumentos de mi dominio. Ante todo, sé que lo mío es la actuación y que en esto de la música tardaré en perfeccionarme. Tengo la entera certeza de que haciendo se aprende a hacer. Componer música precede a la capacidad de hacerla.

Abro la puerta del departamento y tanteo la magnitud de la lluvia; en simultáneo, el motor de un auto deportivo se acerca a mis oídos. Con el paraguas cubriéndome de la precipitación, le paso rápido la llave al candado de la puerta. Al acercarme al automóvil entre el aguacero, observo el gesto paternal de Eduardo, mi tío, doctor en biofísica y profesor en la universidad de la capital, viéndome complacido con sus brazos apoyados sobre el volante. Pliego el paraguas y me escurro entre la puerta del copiloto sin poder eludir que penetre la lluvia y moje un poco el tapizado de piel. Cierro la puerta apurado. Al sentir la temperatura del interior, me quito el abrigo y lo echo al asiento trasero.

No había visto a Eduardo desde aquella cena en la que le dije que pararía la actuación y me enfocaría en la música por lo menos lo que restaba del año. La soledad es necesaria para la imaginación. A excepción de un par de llamadas que me hizo en el último mes, no tuvimos contacto. A mi entender, las relaciones de toda la vida no ocupan mayor frecuencia.

Mi reflejo siempre resulta otro. Tan pronto ha sido pintado un retrato hay que arrojarlo al suelo; pero Eduardo no parece cambiar en absoluto. Si omito esa región de canas a los costados de la cabeza por encima de sus orejas es el mismo Eduardo que recuerdo desde niño. Sus cejas y bigote tupidos, su cuerpo de luchador, sus trajes de lino, sus guayaberas que dejan entrever su vello en pecho y ese semblante de calma con una sonrisa, incluso en los funerales.

—¿Hasta dónde vamos? —pregunto.

—Algo lejos, pasando el puente de la Carretera Norte.

—¿Y ya me puedes contar de qué se trata?

—Te pido paciencia, por favor. ¿Te gusta el jazz?

—pregunta mientras sube el volumen del estéreo y marca el ritmo con sus dedos sobre el volante—. Este clima es perfecto para el jazz.

La recomendación de Protección Civil difundida con anterioridad por las redes mediáticas fue extremar precauciones, simplemente quedarse en casa. Esta lluvia ha resultado la más recia en décadas. Los niños no han ido a clases esta semana. El huracán agravó negreciendo las nubes. El horizonte se tiznó volviéndose una penumbra digital casi imperceptible. Los relámpagos son el espectáculo diario. Las imágenes más trágicas de la inundación abarcan las primeras planas de la prensa y los horarios estelares en televisión. Fundaciones de carácter social organizan colectas de alimentos y ropa en pro de los damnificados, aprovechando la adversidad para publicitarse. Las compañías de seguros no se dan abasto con los reclamos de sus clientes sobre las letras chicas de sus pólizas. Todo buen político, si acaso hay tal cosa, saca ventaja del siniestro. Por cinco días no ha cesado de llover. Esperamos a que pase por completo el huracán y se esclarezca el reporte de muertos y desaparecidos. Según el pronóstico, hoy empieza a mejorar. Un automóvil, rápido para tal circunstancia, atraviesa la avenida y salpica un charco sobre mi ventana. Eduardo espera a que pause el tráfico y se retorna sin complicaciones para tomar el sentido contrario.

Me insistió tanto en la semana que terminé por aceptar sin más remedio. No me pude negar por lo menos a una primera entrevista, después de todo, fue él quien me arrojó durante tres años cuando recién llegué a vivir a la capital y, hasta este

día, nunca me había conseguido una audición, mucho menos acompañado o llevado.

—Enrolarme en una obra es pésima idea. Voy a ir, pero aceptar el papel es un compromiso que no pienso hacer —le dije cuando hablamos por teléfono.

Sin embargo, nadie ha visto el día de mañana. Mis gastos deben ser cubiertos. Ni la caridad o la lotería harán su mágica ruta hacia mi cuenta de ahorros. Nadie regala nada —reflexiono—. Solo se vive con el dinero de un trabajo bien remunerado que en este momento no tengo.

Durante el trayecto hablamos poco. Yo me distraigo mirando a través de la ventana a la urbe padecer ante la inclemencia, admirando los verdes intensos de los árboles y las montañas, mientras Eduardo, con la pasión de un melómano, tuerce su boca y cabeza según la cadencia de la canción. Llegamos, después de evadir una fila larga de autos al doblar a la derecha y avanzar diez kilómetros colina arriba, a un edificio viejo, agrietado como piel estriada. La construcción es de cuatro pisos, robusta, con ventanas rectangulares en la fachada. Me recuerda al hospital del pueblo donde nacimos mi padre, mi hermana y yo. El acceso al aparcamiento es controlado desde una caseta por un par de guardias que abren y cierran las puertas principales.

—¿Dónde estamos? —indago.

—Pronto lo sabrás —contesta Eduardo al estacionar su deportivo rojo en un cajón designado para él con una inscripción bastante legible: (*Dr. Eduardo Monfort*), junto a otros vehículos también de primera categoría.

—Quién fuera maestro... Paga bien la universidad —bromeo.

Eduardo pone el freno de mano y quita la llave. El motor y la música guardan silencio.

—Lo que viene es serio, Aldo —dice y gira su cuerpo recargándose en la puerta—. Nunca te dije nada porque nadie lo sabe. Es difícil hablar de lo que hacemos en esta empresa. Es algo que sorprendería a cualquiera.

Desvió la mirada hacia el edificio y no le hallo lo atractivo.

—Sé cómo eres —continúa— y por eso te pido paciencia. Escucha primero. Hazme ese favor. Aprende a callar por primera vez en tu vida. Luego dirás lo que quieras. A tus treinta años, Aldo, esta es una excelente oportunidad para tu carrera, una excelente oportunidad para todos, hasta para tu madre. Esto cambiará tu vida.

Eduardo aprieta fuerte los labios y, con su mano derecha, mi rodilla.

—Por fin estamos cosechando lo que sembramos por tanto tiempo. Ojalá lo sepas valorar y aceptes el trato. Sé que te va a gustar. Ni te lo esperas. No tiene nada que ver con la universidad. Aquí es donde realmente trabajo.

—¿Y qué tanto haces aquí que es taaan secreto? —pregunto.

—Ya verás —contesta y se pone el saco de su traje que descansó sobre su respaldo durante el camino—. ¿Puedo confiar en que vas a pensar antes de hablar? —cuestiona con su mirada fija en la mía.

—Claro que puedes —me limito a decir.



**LUZ**  
**RECORDS**



**LAS PALABRAS DE EDUARDO ME INQUIETAN.** Al fin y al cabo puede ser que algo interesante esté ocurriendo allá dentro. Me pongo el abrigo, tomo el paraguas y salgo del auto a su mismo tiempo. La lluvia nos hace apurar el paso hasta una extensa zona techada en la que descansan varios paraguas puestos con la superficie cóncava hacia el suelo. Dejamos los nuestros y las puertas automáticas del edificio se abren. Tras secar nuestro calzado en un tapete de plástico sin rótulo alguno, pasamos.

—¡Qué diferencia! —exclamó al entrar al inmueble.

En esos primeros tres metros dentro de la estancia percibo la confidencialidad del lugar en el que me encuentro. La luz fría de las lámparas tubulares de halógeno, empotradas en los muros de porcelana que sostienen el techo, iluminan el recinto en todo su volumen. El decorado lo hacen las negras esferas de plástico que albergan las cámaras de video a modo de lunares en el aséptico cielo. El sonido de nuestros pasos se une a un constante ruido bajo emitido por la maquinaria de ventilación. Dos tipos encargados de la seguridad nos dan los buenos días desde su mueble isla.

—¿Acaso eres del Servicio Secreto? —le pregunto a Eduardo, pero hace como que no me escucha y sigue su marcha en silencio hasta un ascensor que parece estar suspendido en la nada, rodeado de un blanco impecable.

Las puertas de acero reforzado responden de inmediato a la acción. Eduardo toma posición en el interior del elevador, mantiene oprimido el mando de puertas abiertas hasta que yo entro y presiona el botón para llevarnos al cuarto nivel. Le clavo la mirada con la intención de intimidarle y obtener alguna explicación de su parte, pero él permanece tan ecuánime como de costumbre, incluso silba una melodía contagiosa.

Eduardo sale del ascensor escoltándome por un pasillo largo. La alfombra color vino me da la sensación de estar en un hotel de cinco estrellas, excepto porque en las puertas de roble blanco no hay numeración o título, solo unos picaportes de bronce en forma de una cabeza de halcón sobre la cual reposa un disco solar entre una especie de cuernos. A mitad del pasillo Eduardo se detiene, levanta su brazo y sacude la mano revelando su reloj de oro por debajo de la manga de su saco. Ve la hora, camina hacia mí y me abraza hasta que su aroma penetra en mi nariz. Huele muy bien. El abrazo, aunque extraño, es sincero y cálido, y de estos, pocos en ambos casos.

—Quiero que sepas que te quiero como a un hijo —confiesa apretándome recio contra él.

Nos soltamos al mismo tiempo y cada quien dio un paso hacia atrás.

—Yo te quiero más que a mi padre —le digo y provocho una sonrisa debajo de su bigote bien recortado que conserva pulcramente.

Eduardo toma la manija del excéntrico picaporte de una de las puertas, golpea tres veces, y una voz desde el interior

nos da entrada a una oficina con piso ajedrezado. Entre un escritorio barroco y un librero repleto en todas sus cavidades que tapiza de extremo a extremo la pared, un señor nos da la bienvenida. Con el cabello teñido de rubio peinado hacia atrás, plagado de joyería, vistiendo un traje brillante con una corbata dorada y un pañuelo que le combina a la perfección en el bolsillo del saco, parece asistir a un evento de gala o ser el presentador de un programa televisivo de concursos. Eduardo me retira el abrigo —yo murmuro un agradecimiento— y lo cuelga en un perchero de madera en donde se apoya, en otra terminación, un bastón de marfil negro con una serpiente tallada.

—Aldo, quiero que conozcas al Dr. Rafael Yankelovich —dice Eduardo al extender su brazo en un gesto teatral—, genio y líder de esta organización tan hermosa.

—Gracias por la introducción, Dr. Monfort —enuncia para Eduardo el Dr. Yankelovich—. Es un placer, Aldo —me dice y estrecha mi mano—. No te había visto así, muchacho —exclama e inclina su cuerpo hacia mí acercando su cara naranja a unos centímetros de la mía—. Casi no te reconozco. Te dejaste crecer el cabello y la barba, muy *ad hoc* a la música. Me agrada —expresa y hace la mano cornuta—. La última vez que te vi fue en *Nadie me dijo* —la última obra en la que participé—, que, por cierto, te la llevaste, estuviste fantástico. Tomen asiento, por favor.

—Gracias.

—Dime una cosa, Aldo —dice y junta sus manos llenas de anillos—. ¿Cómo te sientes desde que te enfocaste de lleno en la música?

—¿Qué le puedo decir? Siento que la música me está cambiando. Han sido estos meses algo muy diferente a lo que venía haciendo. Me siento como si fuera otro.

—Te ves cambiado, muchacho —dice y toma lugar en su asiento detrás del escritorio.

Antes de acomodarme en una silla de cuero y caoba junto a Eduardo, aprovecho el instante para escudriñar la oficina, repleta de efigies de elefantes como si fuera una exposición museística. Airavata, paquidermo albino de siete trompas; Erawan, de tres cabezas; Ganesha, con cuatro brazos humanos y montado sobre un ratón. Dioses milenarios yuxtapuestos a personajes de mi niñez como Babar de Jean de Brunhoff, Dumbo de Walt Disney y Horton del Dr. Seuss. Sobre la puerta, dos cabezas disecadas del colosal mamífero, colgadas una junto a la otra, defienden el salón desde las alturas. Mi pieza favorita, sin duda, es la litografía de los elefantes dalinianos de piernas arácnidas que desafían la gravedad.

—Es mi tótem —dice el Dr. Yankelovich—. Todos tenemos uno. El mío es el elefante, el animal terrestre más inteligente, con la habilidad especial de andar sin que nadie lo escuche gracias a las suelas elásticas en las que terminan sus patas. ¿No te parece una maravilla? Que un monstruo pueda ser silencioso.

—Ese dato no lo sabía —respondo preguntándome cuál será mi animal de poder.

Puede ser el venado, concluyo. Tres golpes suenan desde la puerta.

—Adelante —dice el Dr. Yankelovich.

Entra a la oficina una mujer con un ajustado vestido rojo sosteniendo en la palma de su mano una bandeja en la cual reposan tres tazas humeantes. Nos reparte a cada uno su bebida con la gracia de una geisha, contratada para animar el ojo masculino, y camina de vuelta a la puerta cual modelo en pasarela.

—¿Algo más, Doctor? —pregunta la mujer.

—Dile al Dr. de la Fuente que se prepare para recibir a Aldo y, de una vez, háblale a Esteban para que lo guíe. Es todo. Gracias, cariño —dice el Dr. Yankelovich y se despide de la mujer con su mano en el aire—. Y dime, Aldo, ¿sabes cuál de los dos elefantes es africano y cuál es asiático? —me cuestiona al apuntar hacia el par de cabezas clavadas en la pared—. El de la izquierda es el africano —contesta él mismo antes de que yo pueda hacer un análisis o adivinar la respuesta—. Descienden de una línea ancestral diferente. Si miras bien, el africano tiene las orejas más grandes y el cráneo aplastado. En cambio, el asiático tiene dos protuberancias en la frente. El africano es un poco más grande y más agresivo. El asiático es mejor para domesticarlo, es capaz de entender hasta veinticuatro órdenes distintas. Mira bien sus trompas, también son diferentes. La del africano termina en dos apéndices, y el asiático solo tiene uno.

—Supongo que en los circos y en los zoológicos hay puros asiáticos —digo con mi cuerpo girado tres cuartos hacia las cabezas disecadas, clavadas por encima de la puerta.

—A menos de que te guste el peligro, es mejor conseguirse un asiático.

—Ahora hablemos del verdadero elefante en la habitación —bromeo al adoptar de nuevo mi postura—. ¿De qué se trata todo esto? ¿Por qué estoy aquí?

—Dígame, Doctor, ¿qué tanto le adelantó a Aldo de la reunión?

—Ningún detalle, Doctor —responde Eduardo.

—Verás, Aldo —declara el Dr. Yankelovich—, somos un grupo de científicos que desde hace dos décadas hemos trabajado juntos en un proyecto maravilloso que va viento en popa. Más allá de nuestras expectativas. Y... redoble... —hace el efecto de un tambor—. Acabamos de crear Luz Records, nuestro propio sello discográfico.

Por inercia volteo a mirar a mi tío en un impulso de validación.

—No es broma —dice Eduardo sosteniendo su taza a la altura del pecho—. Continúe, Doctor.

—Podríamos decir que vamos empezando en el negocio del espectáculo. Apenas estamos desarrollando talentos —prosigue el Dr. Yankelovich—. Reclutando, firmando, grabando, haciendo las campañas a nuestros artistas. Verás que somos una empresa única. Pronto nos consolidaremos. Queremos que la conozcas antes de hablar de tu contrato.

—Pero ni siquiera han oído mi música —interrumpo—, ¿y ya me quieren firmar?

—Gracias al Dr. Monfort sabemos mucho de ti. Sabemos que eres un excelente músico y actor. Aquí nadie duda de tus talentos. Llevamos tiempo observándote, Aldo. Queremos que nos conozcas y tenerte de nuestro lado. Créeme, muchacho, aquí te vas a divertir.

Otros tres golpes suenan desde la puerta de la oficina, al parecer, es el procedimiento o maña en este lugar.

—Adelante.

Un joven rubio con nariz de zapato entra alegre.

—Aldo, me encantaría que conocieras la empresa y las personas que trabajamos aquí —dice el Dr. Yankelovich—. Esteban, por favor, lleva a Aldo con el Dr. de la Fuente.

—Mucho gusto, Aldo —dice Esteban y me retira la silla como un caballero a una dama o un mozo a su patrón—. Acompáñame.

En automático me giro a ver a Eduardo, quien con la cabeza aprueba el recorrido por las instalaciones. El Dr. Yankelovich se yergue para despedirme. Esteban aguarda en el marco de la puerta hasta que yo le paso y salimos juntos. Ni un sorbo le di a la taza. Se quedó humeando sobre el escritorio en el mismo lugar donde la mujer la puso.

**LECTOR ENERGÉTICO  
DE AGUA**



**SALGO DE LA OFICINA** con más incógnitas de las que entré. Por detrás de Esteban, camino sin digerir lo expuesto por el Dr. Yankelovich. ¿Cómo es posible que mi tío, maestro en la universidad y doctor en lo que sea, junto con el montón de científicos que siempre le rodean, haya montado una disquera? A Eduardo le encanta la música, eso lo sé, pero tanto para dedicarse a ella es algo que ni en sueños vi venir.

—¿Cuántos artistas tienen firmados? —le pregunto a Esteban.

—Contigo serían siete, mi rey.

—¿Y de qué van sus proyectos?

—¿A qué te refieres? —aclara al emparejarse conmigo hombro a hombro.

—¿Quiénes son? ¿A qué suenan?

—Pues a los que más he escuchado son a Melissa Benjamin, una DJ entre *kitsch* y —vacila—, no sé cómo describirla, es un género raro, como el mío —dice y suelta una risilla—, es una especie de música electrónica judía. Mezcla sus *beats* con cantos como de rabinos. Suena buenísimo.

—En teoría suena muy bien.

—Está también Fuchs —dice.

—¿Cómo?

—Efe. U. Ce. Hache. Ese —deletrea—. Fuchs. Son dos hermanos gemelos y una vocalista guapísima. Es *trip-hop*. Me recuerda a Mecano, pero no por su música ni por su voz, sino por las letras. Son profundísimas.

—Mecano *trip-hop*, también suena bien.

—Hay un rapero talentosísimo que se llama Daumier. Es como rap gánster pero con un aire gitano. Tiene ritmos muy bailables. Hay otro DJ que apenas si escuché una canción, buenísima. No me acuerdo cómo se hace llamar, algo así como Escarabajo-no-sé-qué. Hay una *boy band* que tampoco he escuchado, pero vi fotografías de los chicos y están divinos. Si quieres integrarte a la *boy band* —bromea—, nada más di.

—No, gracias.

—Aparte de rock. ¿Qué tipo de música oyes?

—Soy bastante ecléctico. Todo menos música clásica. Me trae malos recuerdos.

—Un músico que no escucha música clásica... eso sí que está raro. Más raro que yo —dice y vuelve a reír—. ¿Algún motivo por el que no escuches música clásica? ¿Algún maestro que te trató mal?

—Mi padre solía pegarme casi a diario. No le faltaban motivos. Ponía en el estéreo un disco de su colección de música clásica y le subía a todo el volumen para que los vecinos no escucharan mis gritos.

—Lo siento muchísimo —dice al detenerse—. No debí preguntar.

—No te preocupes. Llevo trabajándolo en terapia toda mi vida. Después de mi padre, a la persona que más odio en el mundo es a Wagner.

—¿A quién?

—Richard Wagner, un compositor alemán. Cuando mi padre lo ponía, entraba en trance y me pegaba más duro. En su funeral, en lugar de cantarle “Las Golondrinas”, yo quería reproducir a todo volumen “La Cabalgata de las Valquirias” en su honor y festejar su muerte.

Hay un silencio. El tiempo se estanca un instante en el terrible golpe de la memoria.

—Lo bueno que ya lo trabajé en terapia —digo sarcásticamente y los dos nos reímos.

—Luego de ver al Dr. de la Fuente —dice Esteban, bien por él al cambiar de tema—, pasamos a que conozcas el estudio de grabación. Por lo pronto, vamos al segundo nivel.

Esteban está por pulsar el botón para llamar al ascensor cuando las puertas se abren y sale la misma mujer del vestido rojo, esta vez, acompañada de tres japoneses en trajes italianos. Esteban grita algo en japonés y sacude su cuerpo haciendo reír a todos menos a mí. Yo no puedo apartar la mirada de ese ajustado vestido y, por supuesto, no entiendo nada de japonés. En efecto, no hay nada más que decir. Cada grupo sigue su camino, ellos por el pasillo y nosotros al ascensor.

—Vamos, mi rey —dice Esteban al salir al segundo nivel y me hace una seña con la mano—. Aquí nadie muere. Aunque no es garantía con alguien tan guapo como tú.

—Este es otro lugar —digo más para mí mismo que para él—. ¿Dónde estamos?

A los costados del pasillo hay varias puertas corredizas de cristal que dan vista al interior de unas salas en donde se concentran grupos de personas uniformadas con batas de laboratorio, interactuando con lo que parece ser equipo médico. La plantilla entera me da una fuerte sensación de competencia, desempeñando sus labores a la perfección, complementándose entre ellos como en una coreografía bien

ensayada y ejecutada. Modero el paso para desenmascarar el área con mi instinto sabueso. Aguzo mi oído y atrapo algunas frases de las conversaciones que se suscitan en el departamento, pero es puro lenguaje técnico que no me dice nada.

—¿Sorprendido, mi rey? —inquire Esteban en el fondo del pasillo ante la única puerta que no es de cristal sino de roble blanco—. Vamos, ya tendremos tiempo para recorrerlo todo.

—No entiendo —digo asombrado por el despliegue tecnológico del momento—. ¿Por qué la industria musical...?

—No comas ansias —me frena—. Todas tus dudas serán resueltas, mi rey.

Esteban toma con su mano el picaporte de la puerta, similar a los del cuarto nivel, solo que en vez del halcón con el disco solar y los cuernos, a este le adorna un animal de hocico curvado y orejas rectangulares. Golpea la puerta tres veces con su dedo meñique levantado presumiendo su cuidado manicurista.

—Pase —se escucha una voz desde adentro.

Esteban abre la puerta y me anima a pasar primero a un despacho donde hay dos hombres. Uno es calvo y de ojos rasgados, con una sonrisa de oreja a oreja; y el otro tiene barba blanca y cabello largo, suspira pasándose el dedo índice por la comisura lateral de uno de sus párpados. Ciertamente, llegamos después de un buen chiste, se respira un aire relajado.

La oficina está amueblada de forma minimalista. Combina una gama de rojos que me hacen sentir dentro de una película de Stanley Kubrick. En el fondo, tras un escritorio de vidrio y titanio sobre el cual descansan dos monitores, un cráneo y algunos papeles, yace una escultura de mármol negro con la figura de una mujer alada que estira los brazos y deja caer

sus plumas. A la estatua, que mide unos dos metros y medio sin contar su base, le empapa una luz cenital que destaca sus curvas y simetría. Contrasta el decorado, pero no rompe la composición del lugar. Una mesa de café sobre una alfombra con figuras geométricas es lo único que se opone al tránsito en la oficina, los muebles están acomodados en óvalo cerca de las paredes con espacio suficiente para caminar con libertad.

—Yo soy el Dr. Orlando de la Fuente —se presenta el de barba blanca— y él es el Dr. Pablo Zhang.

—¿Cómo te va?

—Bien.

—Gracias, Esteban, te puedes retirar —dice el Dr. de la Fuente y señala la puerta con la mano abierta—. Aldo, espero que esta princesa no te haya desesperado tanto.

—En absoluto. Es muy agradable. De hecho, me recuerda a varios amigos que tengo. En la actuación abundan los Esteban.

—¿Abundamos los jóvenes y bellos? —comenta Esteban.

—Y sodomitas —complementa el Dr. Zhang.

—Tú solo me tienes envidia porque nunca tendrás un cabello hermosísimo como el mío —dice Esteban y acaricia la calva del Dr. Zhang.

—Los pelones estamos de moda.

—Tú qué sabes de moda —dice Esteban, levanta la mano lánguidamente dándonos la espalda, denotando más desprecio que intenciones de despedirse, y sale de la oficina.

—Asumo que no tienes ni la más remota idea de lo que está pasando —me dice el Dr. de la Fuente— y eso es normal, somos un grupo muy particular. Pero te aseguro que para cuando salgas de aquí, algunas cosas te serán más claras. Sentémonos.

El Dr. de la Fuente atraviesa la sala y yo sigo sus pasos. Observo su largo y canoso cabello recogido en una cola que

le cuelga hasta la mitad de su ancha espalda. El Dr. Zhang se inclina sobre la mesita que está en medio de la sala y de una tetera sirve tres bebidas en tres juegos de tazas. Esta sí me la voy a tomar.

—Aquí está bien —dice el Dr. de la Fuente y hace un ademán indicándome uno de los sillones rojos de amplios brazos distribuidos equitativamente en las caras más largas de la oficina.

Tomo asiento y planto mis pies en el suelo. Quiero tener contacto con la realidad. El Dr. de la Fuente se cuadra en el sillón que está a lado mío y lo voltea un poco acortando distancia.

—Es té de kombucha en su séptimo día —dice el Dr. Zhang mientras me pasa una taza sobre un platito—. Una maravilla para tu salud... Dr. de la Fuente... —le dice y le entrega su respectiva bebida.

—Gracias —digo e inhalo el aroma a sidra del té—.

¿Kombucha? ¿Qué es esto?, pienso, pero no digo nada porque el té es lo último que me importa.

—El Dr. Yankelovich y el Dr. Monfort, tu tío, tengo entendido —indica el Dr. de la Fuente y coloca su taza sobre el descansa brazos del sillón—, te habrán dicho que estamos montando un sello discográfico, y es cierto, pero somos mucho más que eso. Y para que comprendas bien lo que hacemos, primero quiero explicarte varias cuestiones que espero no te sean tan ajenas. Puedes preguntar lo que sea, cuando sea, aunque te recomendaría que antes escucharas con atención. Todo tendrá sentido, nos vamos poco a poco. Ahora es cuando la cosa se pone interesante.

—Bienvenido al ocultismo científico —dice el Dr. Zhang, situado en el otro extremo de la sala frente a nosotros.

La acústica es muy buena, nada del exterior se filtra y lo que se dice adentro resuena con una claridad impecable.

—Vayamos al punto —continúa el Dr. de la Fuente—. El humano es como una pila. Eso lo sabes. Hay campos de energía electromagnética dentro de nuestros cuerpos, sobre todo en la mente. Los órganos emiten corrientes bioeléctricas que podemos constatar y medir y, donde hay flujo de electricidad, existen también campos magnéticos. Digamos que estamos emitiendo y absorbiendo energía constantemente. Lo que vemos con los ojos es solo una percepción parcial de una realidad mucho más compleja. ¿Me sigues hasta aquí, Aldo?

—Entiendo algo, solo que no sé por qué —respondo sosteniendo juntos la taza de té con una mano y el platito con la otra—. ¿Estamos hablando de física cuántica? —pregunto y de un trago me bebo la mitad del té y dejo los trastos sobre el descansa brazos trastabillando un poco—. Einstein decía que la materia no existe, ¿a eso se refiere?, ¿que todo es energía?

—Einstein decía que la materia sólida —interviene el Dr. Zhang— es una ilusión creada por la velocidad de vibración de las muchas formas de energía. Pero no, ese no es el punto. Es muy simple, Aldo. La materia es concentración de energía, y la energía es concentración de mente, y viceversa. Por favor, continúe, Doctor.

—Digamos que el humano es un ser de vibración dinámica, está todo conectado. Cada una de las células del cuerpo está en contacto con las demás sin importar qué tan separadas estén. En cada relación, Aldo —el Dr. de la Fuente le da un sorbo al té y prosigue con mayor efusividad—, en cada contacto se produce movimiento, un intercambio de vibraciones, energía que hace sufrir o disfrutar al cuerpo. De ahí nuestros estados emocionales. Y todas nuestras células tienen, en su estado natural, el mismo rango de frecuencia de vibración. ¿Me sigues?

—Lo perdí —digo con la mirada agachada tratando de ordenar mis pensamientos—. ¿Y esto qué tiene que ver conmigo y mi música? ¡Y a él todavía se le ocurre decir que esto es simple! —digo y me tallo los ojos con las manos.

—No estamos lejos —dice el Dr. de la Fuente—, vamos para allá. Lo importante es que...

—¿Y a todos sus artistas les han dicho lo mismo? ¿Que la energía no sé qué?

—No en su primera visita, como contigo. No le vamos a exigir los mismos frutos a distintos árboles. Con los otros artistas hemos manejado los tiempos de otra forma, soltando información poco a poco. Es fea que unos cuantos no saben muchas cosas esenciales, pero tu tío insistió en que fuera de esta manera contigo para evitarnos malos entendidos en el futuro.

—¿Futuro? Si el malentendido es ahora.

—No te desesperes —dice el Dr. de la Fuente y estira su brazo poniendo su mano sobre mi hombro—. Te queremos para un proyecto muy grande —suave retira el gesto— y necesitamos que comprendas lo que hacemos para que tomes decisiones con nosotros. Ahora lo entenderás. Va más simple. El agua es el elemento más importante en la Tierra y en el humano. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo —repito.

—El planeta está cubierto de agua. Los humanos somos dos terceras partes agua. Nuestra sangre es ochenta por ciento agua. Podríamos decir que el agua es el regalo de la vida. Si existe la magia, está contenida en el agua.

—Es usted un poeta —dice el Dr. Zhang.

—El agua de los espacios intercelulares en nuestro cuerpo —extiende el Dr. de la Fuente— transporta y guarda vibraciones energéticas. El agua que habita en el interior

de cada una de tus células, Aldo, es un verdadero almacén de información electromagnética y biológica. Aunque no lo creas, el agua tiene la capacidad de trasladar las vibraciones corporales como si tuviera su propia memoria. Sus átomos son tan sensibles que recogen la información del ambiente. ¿Me sigues?

—Creo que sí —respondo vacilante cuando puedo ser más afirmativo, puesto que ya he oído acerca del lenguaje del agua, lo vi en un documental donde montaban imágenes microscópicas de los cristales acuosos que reaccionaban a diversos estímulos—. ¿Es lo del japonés que les ponía a las plantas y a las albercas música de los Beatles?

—Masaru Emoto —agrega el Dr. Zhang.

—Todos tenemos frecuencias de vibración energética similares —continúa su discurso el Dr. de la Fuente—. Digamos que es la Tierra misma quien dicta en su mayoría el pulso de todos los seres vivos, en especial de los mamíferos. Podría decirse que todos vamos a un mismo ritmo, a una misma palpitación. Sin embargo, hay sus excepciones, como en todo, personas por arriba y por abajo del promedio. Y tú, Aldo, eres un caso especial, tienes una vibración privilegiada. ¿Cómo lo sabemos? —pregunta al dejar el sillón—. Dr. Zhang, si nos hace el favor...

El Dr. Zhang cruza el escritorio, oprime un botón del intercomunicador y pronuncia:

—Estamos listos.

No pasa ni un minuto cuando la puerta se abre y dos mujeres en bata de laboratorio entran a la oficina empujando una mesa de acero cromado con ruedas. La operación se ve algo pesada para ellas pero, conforme avanzan, desaparece tal ilusión. El mueble portátil tiene dos repisas, en la superior se encuentra un monitor de treinta pulgadas con su respectivo

teclado y ratón, contiguo a cuatro cilindros metálicos con dimensiones muy parecidas a las de un cartón de litro de leche; y en la repisa inferior hay tres CPUs que se hallan puestos verticalmente uno junto al otro.

Por las luces en esa unidad de control tripartita, infiero que están encendidos sin estar conectados a la corriente eléctrica. Las dos mujeres y yo intercambiamos sonrisas al detenerse a la mitad de la sala, antes de chocar contra la mesa de café. El Dr. Zhang toma en sus manos los cuatro cilindros que están en la repisa superior de la mesa. Camina derecho hasta la pared, en línea con la computadora deposita con cuidado uno de los objetos en el suelo; repite la maniobra del otro extremo, nos pasa a los presentes y coloca los cilindros restantes en recta con los antes puestos, formando un cuadrado entre ellos, encerrando virtualmente a la concurrencia.

—No tienes idea, Aldo —enuncia el Dr. de la Fuente—, de cuánto tiempo hemos invertido en desarrollar esta tecnología. Imposible que la encuentres en otro lado. Esto que ves es el resultado de una década de trabajar arduamente.

—¿Qué es?

—Espera —contesta el Dr. Zhang—. Estamos por hacerte una demostración.

—Alguna vez te has preguntado —me cuestiona el Dr. de la Fuente— ¿por qué cuando entras a una habitación todos voltean a verte? ¿O por qué los niños, que son armas diagnósticas, te siguen por lo menos con la mirada? ¿O por qué los perros siempre te ladran o te adoran, pero nunca te ignoran?

—No realmente —respondo—. No me pasa todo el tiempo.

—Puede ser que no te des cuenta, pero te aseguro que sí pasa. Es algo normal en ti. Digamos que existen dos clases de personas según su vibración electromagnética: dinámicos y

neutrales. Gente que atrae y gente que es atraída, que son casi todos. Creo que es obvio cuál eres tú.

—Aquí viene lo bueno —dice el Dr. Zhang situado frente a la pantalla mientras presiona el teclado haciendo que el monitor cambie el negro por una interfaz para ingresar usuario y contraseña.

—Acércate más, Aldo, quiero que conozcas a nuestra hija LEA —dice el Dr. de la Fuente arrimándose en torno a la computadora.

Observo en la pantalla las siluetas de las cinco personas que nos encontramos dentro de la oficina. La imagen es nítida. Las figuras están bien delineadas en color rojo sobre un fondo negro, nos distinguimos con facilidad cada uno por su complejión y posición con respecto a los demás. Levanto las manos y sondeo la fidelidad del escáner. Mi silueta hace el mismo movimiento en la pantalla. El Dr. Zhang presiona un comando que hace que nuestras representaciones visuales se rellenen de varios colores.

—Aparte de ser nuestra hija —dice el Dr. Zhang—, LEA determina el valor actual de la energía en cada persona, computando las cargas de vibración electromagnética en el agua de sus cuerpos y, de una tabla de valoración de frecuencias, le asigna distintos colores a las ondas que emiten según su intensidad. Un Lector Energético de Agua, LEA.

—El espectro es amplio —dice el Dr. de la Fuente y señala con su índice mi silueta en el monitor—. Hay que saberlo interpretar. A simple vista hay varios detalles, como la concentración de energía en el cuerpo, que es más fuerte en tres centros: el sensible, el motor y el pensante; los genitales, el corazón, y sobre todo, la cabeza. Razón quizá por la cual en la historia, en Persia, en India, China, Egipto; yoguis, filósofos, el mismo Moisés al descender del Sinaí, Buda, Jesús; han sido

descritos o ilustrados cubiertos de un resplandor en la cabeza, con aureolas o envueltos en llamas. Lo normal, según nuestra tabla de valores, es verde y amarillo, con algunas zonas rojas, así como ellas —dice al señalar las figuras de las mujeres que metieron la máquina a la oficina—. Una persona de baja vibración tendría huecos en la corona, manchas blancas. Se pintaría de grises o marrones debido a enfermedades o a la falta de armonía simplemente. El Dr. Zhang y un servidor, como ves, nos pintamos de tonos azules, que son altos, con algunos rojos, claro; pero tú, Aldo, muestras unos púrpuras muy vivos, rosas en vez de rojo. Eso es bastante, y puede aumentar. Hay técnicas.

—¿Por eso me buscaron? Porque concentro —exclamo entrecomillando con los dedos al aire— “mucha energía”. Ni les interesa la música que hago.

—Aldo, no nos malinterpretes —dice el Dr. de la Fuente—. Claro que nos interesa tu música, nos interesas tú. Tu opinión, tu vida, todo de ti. Por supuesto que no te hemos buscado solo por tu alta vibración energética. Estás contemplado para un proyecto a nivel mundial. Pronto te dirán de qué va, eso no me toca a mí, pero te juro que será de tu agrado.

—¿Cómo sabe? —replico.

—Gracias, señoritas —pronuncia el Dr. de la Fuente—. Ya pueden regresar a sus actividades. LEA se queda aquí.

—Con permiso —dicen al unísono y caminan a la salida.

—Saber cómo es el flujo de energía entre las personas de un lugar no es nada si no puedes concentrarla para reutilizarla a tu favor —dice el Dr. de la Fuente y me abraza por un costado para que caminemos juntos—. Pronto todo tendrá sentido. Vamos arriba, al tercer nivel, a que te relajes un poco, a que veas los estudios de grabación y conozcas al Dr. Mariscal.

Me muestra una puerta escondida a un lado de la escultura de la mujer alada. El Dr. de la Fuente me suelta del brazo, abre la puerta y yo tomo el paseo sin objeción.

—Fue un honor conocerte en persona, Aldo —se despide de mí el Dr. Zhang a lo lejos.

Nunca la soberbia me embriagó tan rápido. La revelación de lo especial del agua en mis células me montó en una nube que flota a centímetros del piso, con una conciencia de mi cuerpo que no me es para nada familiar, como una versión 2.0 de mí.

Con el Dr. de la Fuente a mi espalda, subo por una escalera en forma de espiral. En cada escalón se actualizan las treinta y tres vértebras de mi columna, mi esqueleto se alinea con la grandeza de un dios olímpico. ¿Qué tanto importa si estos locos me buscaron solo por mi energía?



**HAY ALGO  
QUE NO SABES**



—ÉL ES ALDO CARNEIRO —me introduce el Dr. de la Fuente al encuentro con otro doctor—. Pronto estará grabando con nosotros. Bien, te dejo en buenas manos —dice y me da una palmada en el hombro y sale por donde entramos.

—Tu nombre ha sonado mucho en esta empresa, Aldo. Yo soy el Dr. Antonio Mariscal —se presenta el nuevo doctor y me da un buen apretón de manos. De su rostro resaltan sus ojos verdes, fijos en mí sin ningún parpadeo.

—Bienvenido al estudio de grabación de Luz Records.

El estudio de grabación rebasa mi ideal, acondicionado con la misión de crear un campo acústico estupendo, iluminado a media luz, me anima sobremanera a demostrarme.

Quiero este santuario a Euterpe a mi disposición, pasar el tiempo dentro y usar todo el equipo.

En las paredes y el techo se forman olas y niveles rectos que siguen parámetros herméticos de reverberación y reflexión sonoras. La estancia de mando, al centro del lugar, con una consola de sesenta y cuatro canales, tiene visión total, a través de tres cristales, a tres salas distintas para instrumentos o voces.

—Tu tío es uno de los responsables de que esto suene increíble, también el Káiser. Ahora está algo ocupado —dice el Dr. Mariscal y extiende su mano hacia el sillón que recubre la pared frente a la sala principal, donde están sentados dos tipos físicamente parecidos; uno tocando la guitarra y el otro apuntando cosas en una libreta.

Una señora de cara y cuerpo redondos, risueña, de piel tersa, sentada en una silla giratoria frente a la consola, se levanta y camina hacia nosotros, al centro de la sala.

—Supongo que allá abajo te hicieron una demostración de LEA... Rosa destruye ese aparato —dice el Dr. Mariscal presentando a la señora—. Cuando ella canta todo se paraliza. Su vibración energética es sorprendente.

—Me halaga, Doctor —dice Rosa—. Hijo, seguramente el Dr. de la Fuente y el Dr. Zhang te habrán levantado la autoestima. Cuidado con volverte arrogante. Eres especial, sí, pero no quieres convertirte en esas personas que, si acaso te miran, lo hacen por arriba de sus hombros.

—Los jóvenes no conocen la humildad, Rosa. ¿Ya te olvidaste de los ochenta cuando recién te descubrimos? —le pregunta retóricamente el Dr. Mariscal.

—Los jóvenes no tienen por qué cometer nuestros mismos errores —ilustra la señora.

—Rosa es especialista en frecuencias auditivas —expone el Dr. Mariscal—. Alcanza tonos perfectos. Crea ondas simétricas. Es única. Y no solo eso, las ondas que emite son terapéuticas, incluso más que las de cualquier máquina sonora. Todos tus puntos débiles a nivel molecular se equilibran cuando la escuchas en terapia. Luego tendrás tu sesión con ella para afinar tu vibración electromagnética.

—Seguro necesito afinación —comento.

—Todos en algún momento, hijo —secunda Rosa.

—Es hora de seguir con nuestro guion, Aldo —dice el Dr. Mariscal—. ¿Nos quedamos aquí o gustas que nos sentemos?

—Aquí está bien.

—Sobrevaloramos la vista —me dice con sus ojos en los míos—. ¿No crees? Se piensa que es el sentido que más nos afecta. Una sociedad visual dicen que somos, pero eso no es cierto, nuestra percepción auditiva nos condiciona más. El desarrollo mental está relacionado directamente con los sonidos a los que nos exponemos, las voces que escuchamos, las palabras, la música. Nada más observa a cualquier bebé, es el ejemplo más puro de cómo sufrimos o gozamos según lo que oímos. La vista es mucho ¡muy! importante, no la demerito, no creas. Pero el sonido, Aldo, es la esencia del universo. Es producto del movimiento y todo siempre está en movimiento, vibrando, haciendo sonido. ¿Y qué es la música sino sonido organizado? Los planetas hacen música mientras tú y yo hablamos. Pitágoras lo sabía. La música es un arte complejo acerca del espacio-tiempo. Y lo más increíble, Aldo, es que podemos manejar el flujo de energía en un lugar a través de secuencias sonoras bien determinadas, encauzarla hacia donde se quiera concentrar, emitiendo órdenes para elevar o anular el poder de raciocinio de las personas; llevarlas a un estado de vulnerabilidad total.

—Con la música correcta —interviene Rosa— podemos construir o destruir cualquier patrón de pensamiento. No importa qué tan arraigado sea. Cuestión de repetición.

—Cuando veas a LEA operar en un concierto —dice el Dr. Mariscal—, podrás ver cómo manejamos el flujo de energía entre la gente.

—Entonces —digo y busco algo cercano para recargar alguna parte de mi cuerpo— lo suyo —mi mano encuentra el respaldo de una silla— es la invasión mental a través de la música.

El Dr. Mariscal y Rosa se ríen. Yo no hallo dónde situar la mirada.

—Claro, podrías verlo de esa manera —dice el Dr. Mariscal—, pero espero que cambies de opinión cuando te muestre otra parte importante de esta empresa.

—¿Qué otra parte?, ¿el calabozo?

—Ya me habían contado de tu buen humor, Aldo. Luz Records es el medio, no el propósito de esta organización. Ven —dice contento y pasa su brazo por mi cuello—, te voy a presentar a Joel Reyna. ¡Joel!

—¡Doctor! —responde de inmediato uno de los dos tipos que están sentados en el sillón y se levanta a nuestro encuentro.

—Joel Reyna —dice el Dr. Mariscal y quita su brazo de mí—, te presento a Aldo Carneiro. Aldo nos visita por primera vez. Esperemos que no sea la última.

—¿Te gusta nuestro estudio, Aldo? —me pregunta al estrechar manos.

—Mucho —contesto y doy otra mirada alrededor—. Imagino que suena muy bien.

—¿Quieres aventarte una canción? —interpela Joel.

—Tenemos veinte minutos —expone el Doctor.

—¿Qué dices, hermano?

—No venía preparado para esto —confieso—. Estoy algo cansado. No dormí bien. Me duele un poco la cabeza.

—Nos gustaría mucho escucharte —apoya Rosa.

—No me siento muy bien.

—Hermano, tú puedes soportar cualquier malestar —expresa Joel—. Todo está en la mente. Todo es mente. Recuerda que tu arte es primero. Tú eres más fuerte que el dolor de cabeza. Es importante que des el siguiente paso y pierdas todos los temores. Siempre que alguien te pida una

canción, si están los medios, dale para adelante. Ese es el camino de las estrellas de rock.

Este sí que sabe dorarme la píldora, pienso.

—Hay una canción —les digo—, no es la mejor que tengo, o no la considero así, pero fue la primera que escribí y la que me hace seguir en esto de la música. Podría tocarla.

—Excelente —exclama Joel—. El piano está listo. Sé que compones en piano, eso me dijeron. Te va a fascinar nuestro piano, traído desde Berlín para ti, Aldo Carneiro. Él es el Káiser, Johan Luna —presenta al otro tipo que estaba con él—. El Káiser es nuestro mejor técnico. Trabajó con los arquitectos para dejar el estudio así como lo ves. Vamos a usar el piano, Káiser. No tenemos mucho tiempo.

—Enterado —dice el Káiser sin hacer honor a su mote, como un soldado a su general.

—El momento es todo tuyo —finaliza Joel.

—Vamos —dice el Káiser y me guía afuera de la sala de control hacia un pasillo que, en breve, nos conduce a una puerta doble—. Vinieron unos americanos con unos suizos, un grupo grande de personas. Trajeron cosas de un montón de lados para hacer la sala principal, y con un chorro de fórmulas. De veras, suena bien bonito. Yo me encargué de todo el circuito.

El Káiser quita el pestillo de la cerradura, abre las puertas de par en par y entramos a un salón tan amplio como para albergar a los cien músicos de una orquesta filarmónica. Tiene tantos instrumentos y micrófonos que pienso en no estar a la altura. Este lugar es, sin duda, para alguien más profesional que yo.

—Nunca había estado en un estudio así —digo y palpo la pared cubierta de olas—. ¿De qué material está hecho esto?

—Vamos, señores —se escucha la voz del Dr. Mariscal—. El tiempo apremia.

Volteo al cristal y veo en la sala de control al Dr. Mariscal con su cuerpo inclinado hacia un micrófono; a sus flancos están Joel y Rosa, los tres de pie. El Káiser espera a que yo tome posición en el piano. Un hormigueo en mis pies viaja hasta los dedos de mis manos. En estos últimos meses aprendí a manejar bien mis defectos hasta el punto de hacerlos brillar. Cuando intento evitar los defectos minúsculos, tiendo a caer en los grandes. La clave es hacer la vergüenza a un lado. Me siento en el banquito frente al piano. El Káiser me acerca un micrófono al rostro. Hago una prueba de sonido. Joel me muestra su pulgar, y empiezo.

Tras la última nota, la pequeña audiencia me envuelve en una ovación, no por compromiso —quiero pensar— sino por complacencia. Aunque, probablemente, están acostumbrados a mejores interpretaciones la canción merece sus aplausos. El Káiser, a quien, a pesar de este cortísimo tiempo de conocerlo, considero un hombre honesto, me felicita y me da una confianza mayor. Regresamos a la sala de control y recibo más elogios. Joel repite la canción en las bocinas y al escucharla me siento tan grande como mis ídolos. Cuatro minutos dura la canción y por cuatro minutos la sala calla íntegramente.

—De compartir emociones y emocionar, hijo —expresa Rosa—, de eso se trata el arte, de ser inspiración, y lo haces muy bien. ¿Tienes un título para esta pieza?

—“Hay algo que no sabes”.

—Me agrada —dice Joel sentado en los controles—. ¿Cuántas más tienes?

—Así de trabajadas, siete. Quizá ocho —enmiendo.

—Estaría genial escucharlas —dice el Káiser.

—Por la pulida no te apures —expone Joel—. Eso nos corresponde a nosotros.

—Lamento interrumpir este bello momento —dice el Dr. Mariscal—. Les sugiero que se vayan despidiendo. Aldo y yo estamos por continuar el recorrido.

Uno por uno me abrazan. Rosa, la más cálida, me da un beso en la mejilla y toca mi frente con su mano como dándome la bendición. Joel dice que la versión demo de “Hay algo que no sabes” quedará para la posteridad. Le pido que me envíe el archivo de audio por correo, pero se niega amablemente. Se excusa diciendo que puede meterse en problemas con el Dr. Yankelovich y yo finjo entender la situación. El Káiser se toma una fotografía conmigo en su celular sin que yo alcance a rehusarme y, en compañía del Dr. Mariscal, salgo del estudio hacia un corredor con puertas de roble blanco a los costados, como las del cuarto nivel, con un picaporte de bronce, pero estos tienen la figura de un cánido que bien puede ser un perro o un chacal.



# LA KRYPTONITA



EL DR. MARISCAL SE MUEVE EN ZANCADAS y habla sobre la variedad de géneros musicales que se propusieron abarcar. Yo le sigo por el pasillo en paso y conversación. Se detiene ante una puerta y, sin tocar, pasamos a una oficina amueblada, según él, a partir de los postulados del *feng shui*.

Empotrado en un hueco en la pared, detrás de un escritorio, hay un armario metálico. El Doctor lo abre y saca un abrigo amarillo. Me lo pasa y explica que a donde vamos hace frío, pero que con la acolchonada prenda isotérmica no sentiremos ni la brisa más leve.

El abrigo me cubre hasta las rodillas. El Doctor me aconseja ponerme el gorro. Subo la cremallera hasta arriba del cuello y me ajusto la capucha y el cinturón elástico. Del armario, el Doctor extrae otro abrigo igual, solo que este tiene su nombre bordado en la solapa (*Dr. Antonio Mariscal*). Observa mis manos, se voltea de nuevo hacia el armario y me proporciona unos guantes negros de cuero, como los de un motociclista. Con su vestimenta puesta, el Doctor se enfila hacia una puerta que no fue por la que entramos, y me exhorta a seguir el viaje.

Me platica acerca de los duros inicios de la empresa, de cuando ni siquiera eran empresa, solo gente reunida en un salón. La temperatura desciende mientras caminamos por un pasadizo prolongado que establece comunicación con una puerta de acero, ante la cual el Doctor enmudece, sonrío, saca una llave de uno de los bolsillos de su abrigo, quita el candado a la puerta, la empuja y salimos a una plataforma. Desde esa posición elevada, el Doctor divisa el paisaje como un rey debió admirar desde lo alto su territorio, colmándose de poder, mientras yo me recargo de antebrazos en el barandal superior de la plataforma para también observar hacia abajo, pero en vez del sentimiento del Doctor, a mí me nubla la vacilación el pensamiento.

En el lugar están instalados, en dos filas, doce reactores químicos que operan a toda marcha. De cinco veces el volumen de un tinaco casero, los reactores, cubiertos de tuberías que salen hacia el suelo recorriéndolo como un cúmulo de serpientes con dirección a una estructura cilíndrica de diez metros de alto; tienen el brillo de las cosas nuevas. Al margen de cada mecanismo, un tablero con un montón de medidores sobre una base metálica en forma de T, constatan el buen desempeño de la industria. Supervisan el área varios hombres que nos saludan a lo lejos.

—Vamos abajo —alza la voz el Dr. Mariscal entre el ruido que emiten las máquinas y toma las escaleras en zigzag anexas a la plataforma que alternan ángulos en cada uno de los pisos—. ¿Crees que una persona —me pregunta el Dr. Mariscal al llegar a la planta baja, caminando entre las dos filas de reactores—, un lugar o un objeto, pueda retener la energía de la gente con la que tiene contacto?

—No sé de qué habla —digo y despido por la boca el vaho común de las bajas temperaturas.

—El Dr. Rafael Yankelovich un día tuvo una visión, Aldo. Un sueño al que nos hemos sumado. Y ahora lo ves, lo hemos vuelto real. No quepo de la emoción desde que construimos esto y lo pusimos a trabajar —el Dr. Mariscal contempla las instalaciones por un instante y retoma la plática y el paso—. Con el Dr. de la Fuente aprendiste que hay diferentes tipos de personas a partir de su carga energética, ¿verdad?

—Según entendí.

—Por años experimentamos, no sabes cuánto, para poder almacenar esa energía eléctrica y bioquímica que emiten nuestros cuerpos y mentes para usarla a nuestro favor y sacarle provecho —el Doctor cesa la caminata, yo quiero decir algo pero no articulo a la primera.

—Aldo, estás en una planta de energía humana.

—Una planta de energía humana —lentamente repito.

—Después de muchos intentos, pudimos concentrar la energía del hombre en un elemento físico, en algo tangible. Nos fue posible gracias a la kryptonita.

—¿Qué?

—No estamos locos, Aldo, o bueno quién soy yo para juzgar.

—Sí lo están.

—Te explico: el material que usamos para concentrar la energía, la comida de estos chicos —dice y apunta a los reactores—, tiene como principal elemento un mineral que procesamos con otras sustancias para su resultado final, la jadarita. De hecho, la hemos pintado de verde solo por capricho. Antes era blanca y su nombre era Lucy, por Luz Records, pero una mañana el Dr. Zhang llegó con la noticia de que había encontrado una coincidencia ridícula, tan ridícula que nos encantó y empezamos a llamarle así: kryptonita. Hasta que el nombre se le quedó.

—¿Como la de Superman?

—Resulta que la fórmula química de la jadarita (hidróxido de silicato de sodio con litio y boro) es muy parecida a la fórmula de la kryptonita según mencionan en la película de Superman. De hecho, son los mismos compuestos, solo que la kryptonita, dicen en la película, tiene flúor, y la nuestra no. Una pequeña diferencia. La mina de jadarita está en Serbia, de ahí la traemos y la trabajamos en estos chicos para obtener —dice bajando la cremallera de su abrigo con una de sus manos, introduciendo la otra para sacar un objeto que guardaba en su interior— estas esferas.

El Doctor coloca en mi mano una bola verde y reluciente con peso y radio similares a las de una pelota de béisbol.

—El miedo de Superman —dice con una sonrisa— la kryptonita.

—¿Y esto funciona? —pregunto absorto con el objeto entre mis manos.

—Por supuesto que funciona.

—Estoy esperando a que me diga dónde están las cámaras escondidas. Esto solo puede ser una broma.

—Esto es serio, Aldo. En los eventos públicos es cuando aprovechamos para concentrar la energía de las personas, y lo hacemos con esferas como la que traes en tus manos. Esa es virgen, no ha sido polarizada.

—¿Virgen?

—Detrás del escenario colocamos un esqueleto de metal donde acomodamos las esferas de kryptonita. Absorben casi 85% de la energía expulsada por el hombre. No tiene que tener contacto físico, basta con que la atención de la persona esté en su dirección. En este momento, la kryptonita que sostienes está guardando las cargas energéticas que tú y yo estamos emitiendo, solo que decimos que no la hemos usado

realmente porque es mínima su carga comparada con lo que obtenemos en un lugar masivo.

Me quito uno de los guantes y siento su textura lisa.

—Después de polarizarlas —continúa el Dr. Mariscal— las fundimos y procesamos. Es muy flexible. Podemos iluminar ciudades enteras, producir combustible para cualquier tipo de vehículo y, con unos cuantos procesos más, hasta funciona para reactores nucleares. Si la arrojas de seguro rompes algo —dice al verme tomar la esfera sin la precaución de antes, sujetándola como si, en efecto, fuera una pelota de béisbol— pero la kryptonita no se rompe, es durísima. No lograrás hacerle un rasguño. Vamos arriba y seguimos charlando. Tráela contigo. Ya estamos por acabar.

—Espera —digo y frunzo el ceño—. ¿Dices que en los conciertos ponen estas cosas atrás del escenario para retener la energía de la gente y usarla como combustible?

—Entendiste a la perfección, Aldo. Y la música es nuestra mejor aliada. Sigamos.

—Espera —digo de nuevo y detengo su paso—. Esto suena a una idea salida de un cuento de ciencia ficción.

—¡Sí, es increíble!

—Pues yo no le creo. Primero, me traen con engaños, me dicen que quieren firmarme sin haber escuchado mi música solo porque llamo la atención de la gente y concentro mucha energía. ¡Y que en estas bolas guardan esa energía! Yo soy un artista, no un instrumento de su industria de cosas raras.

—Terminarás creyendo, Aldo —dice el Dr. Mariscal en completa calma—. Y no solo en Luz Records; también en ti.

—¡Yo creo en mí! —replico—. ¿Pero cómo voy a creer en doctores que se hacen pasar por productores musicales? Ya me estoy hartando de escucharlos hablar sobre vibraciones, energía y ahora ¡kryptonita! Lo siento, Doctor, pero esta es

mucha información para mí. Yo puedo creer casi cualquier cosa, la ciencia no deja de sorprenderme, siempre hay algo nuevo por aprender. Sé que existe tecnología que se escapa de mi conocimiento. Quizá todo lo que me dicen es verdad, ya no sé qué creer. Solo estoy irritado porque Eduardo no me contó nada acerca de esta organización. Además, estoy desvelado, este no es mi horario habitual, más o menos a esta hora estaría dejando la cama.

—Tranquilo, Aldo. No eres el primero que se alarma de esta manera al conocer nuestras prácticas, esto es nuevo para todos, incluso para nosotros mismos. Vamos de vuelta con tu tío y el Dr. Yankelovich para que todo se aclare, ¿qué te parece?

El Dr. Mariscal reemprende el paso; no tengo más opción que acompañarlo. No me voy a quedar ahí parado como un niño. Atravesamos el área y el Doctor, convencido de sus palabras, me asegura éxito como artista de Luz Records. Con un semblante serio, derivado más del cansancio físico que del tedio, le sigo la corriente.

Llegamos hasta el otro extremo del área y tomamos un ascensor que nos lleva al cuarto nivel y pasamos a un almacén donde están depositadas en anaqueles fijos a los cuatro muros del cuarto, casi del suelo al techo, las esferas de kryptonita. El Dr. Mariscal me pide la que cargo —en ambos sentidos—, se la entrego y la pone junto a las otras. Dentro del almacén esmeralda miro directo en sus ojos y, con la iluminación del lugar reflejada en sus pupilas verdes, me encuentro con una fotografía que parece alterada en Photoshop. Dejamos los abrigos en un armario y salimos a una estancia en donde está el Dr. de la Fuente con el Dr. Zhang y un tipo que no conozco.

El Dr. de la Fuente es quien habla, el Dr. Zhang quiere pero no halla el momento. El otro tipo permanece inmóvil

como una estatua. Hasta que el Dr. Mariscal y yo estamos a pocos metros de distancia, cesan la charla y nos introducen en ella. El Dr. Mariscal entra sin pensarlo y da su punto de vista. El Dr. Zhang me tira una pregunta pero yo no muestro interés por integrarme, solo digo que no sé.

Yo lo que quiero es despejarme de sus locuras. Pido usar el baño. El Dr. Mariscal señala con su índice puntiagudo la ruta —derecho y a la derecha, justo después de la puerta blanca—.

A mi espalda, la discusión continúa.



**EL SUEÑO  
DE GILGAMESH**



EL GRIFO DEL LAVAMANOS tiene la figura de un águila real. Sus alas desplegadas son las manijas que, dobladas hacia adentro, hacen correr un chorro de agua que sale por el pico del animal a la pila de mármol blanco y al caño, revestido por un anillo dorado como el ave. Mi mano derecha va al dispensador de jabón. Mi izquierda se apoya en el filo del lavabo. Se enjuagan. Mirándome en el espejo las bolsas bajo los ojos, pienso en la oferta que me harán. El sí parece resultar en algo que busco, un lugar en el mundo de la música, sin embargo, tampoco le temo al no como respuesta, puedo decirlo sin arrepentimientos póstumos. No obstante, al rechazar papeles en obras de teatro he aprendido que las oportunidades, si vuelven, tardan más de lo que yo quisiera.

Con mis manos unidas por los meñiques, haciendo de estas un recipiente cóncavo como en la señal de pedir limosna, acumulo algo de agua que llevo a mi rostro para refrescarme también el ánimo. Me seco la cara y las manos con una toalla pequeña que colgaba de un arillo en la pared y la dejo de nuevo en su sitio pero mal puesta. Orino. Echo otra mirada al espejo, crispo el rostro y salgo de nuevo a la estancia.

La curiosidad de los monos también la tenemos los humanos. Todo lo extraño queremos registrarlo de cerca, palparlo, saber a qué huele. Si a alguno mató fue al primate y no al gato. El felino es un animal precavido, tanto que elige su sitio para morir. El refrán: “la curiosidad mató al gato” tendría más sentido si fuese un mono, arrebatado por el fisgoneo, y no un gato, calculador, quien falleciera por tal causa. Camino de regreso con el Dr. Mariscal y compañía cuando, al margen de una puerta de roble blanco ligeramente abierta, suspendo la marcha y me asomo al interior.

Una pintura llama mi atención, más por su marco dorado de gusto arabesco que por el lienzo, y empujo la puerta para que mi visión se amplíe. En el cuadro está pintado un hombre barbado que lleva en brazos un cachorro de león. Cual mono, paso a la oficina y la inspecciono hasta llegar a un escritorio en donde yace una torre de papeles que parecen importantes. Tomo un documento al azar y creo haber hallado el hilo negro. Lo analizo lo más rápido que puedo cuando de repente escucho un sonido que me distrae. Lo siento cercano. Todo indica que proviene de una puerta ubicada en uno de los flancos de la oficina.

Gobernado por la curiosidad de conocer el origen del zumbido, aproximo mis oídos a la puerta. Sin saber con certeza por qué, los latidos de mi corazón apresuran sus golpes. Tomo la chapa de la puerta y voy girándola hasta descubrir la fuente del sonido. Es una máquina rectangular de un metro de altura y medio de ancho, de la cual sale una manguera de una de sus caras que la conecta a una jeringa con forma de pistola que, empuñada por un hombre de baja estatura en bata de doctor, impone en la punta una aguja prolongada.

Una mujer, también en bata de doctor, le unta un gel en la frente a otro hombre que está sobre una silla reclinable

en posición de descanso, como las que usan los dentistas para tener acceso a la boca del paciente, con una lámpara circular unida a la silla por una estructura metálica que ilumina hacia la cabecera. Reconozco entonces al sujeto que está siendo intervenido por el hombre y la mujer. Es el Dr. Yankelovich.

Sospecho que está sedado porque tiene cerrados los ojos. Se dicen algo entre ellos y el hombre toma el puño de la camisa del Dr. Yankelovich y lo dobla hacia arriba. La mujer se prepara con otra jeringa, una normal, no como la otra que parece pistola y está conectada al mecanismo rectangular que hace ruido. El hombre ase su herramienta con soltura y la enfila hacia su paciente. Introduce la aguja de la jeringa-pistola por una de las fosas nasales del Dr. Yankelovich hasta topar con sólido; presiona el gatillo y empuja un líquido verde hacia el interior. El Dr. Yankelovich se endereza y abre por completo los ojos. La mujer le inyecta algo en el brazo y lo hace caer de nuevo sobre el respaldo de la silla y cerrar esos ojos de loco.

Alguien me toca el hombro por detrás. Evito tener miedo. Sutilmente una mano empuja la puerta y yo volteo para ver de quién es.

—¿Qué haces aquí, Aldo? —pregunta Eduardo.

—¿Qué pasa allá dentro? ¿Qué le hicieron al Dr. Yankelovich? —tiro pregunta tras pregunta.

—No hay necesidad de gritar. Vamos a sentarnos —dice y se perfila hacia un juego de sillones que se halla en una esquina de la oficina—. Ahora te cuento. Siéntate —me insta y toma lugar en el sillón individual, dejándome libre el mueble más largo.

—No me quiero sentar —objeto y cruzo los brazos—. Sé lo que intentas hacer. Nada más dime primero qué fue eso que vi y luego me siento.

—Aldo, no seas infantil. Solo quiero que te calmes para poder explicarte lo que viste y, para eso, es mejor que lo hagamos en santa paz, y no alterados como estás ahora.

—¿Cómo no voy a estar alterado?! Mira adónde me trajiste. Quieren que firme con ustedes pero no son capaces de hablarme sin rodeos. Empezando por ti. ¡Qué manera de invitarme a formar parte de tus inventos científicos! Me lo pudiste haber dicho en una cena y ya.

—Es lo que voy a hacer ahora, Aldo. Hablarte sin rodeos. Por eso quiero que te sientes. Te traje hasta acá porque quería que conocieras el proyecto. No se suponía que vieras esto, pero no hay problema, no es ningún secreto, solo que no pensaba decírtelo todo en tu primer visita. Pero tal vez sea mejor así. Te lo digo ahora y se acabó. No más misterio. ¿Te puedes sentar, por favor?

—Dime primero qué es lo que pasó en ese cuarto.

—Por favor, Aldo, eso es lo que intento.

Sin quitar mis ojos de los de mi tío, me acomodo en el sillón; después de todo, mi cuerpo sí demanda asiento. Con arrojo cedo a su propuesta y le reto con mi actitud a decirme la verdad. Eduardo está listo para hablar cuando de la habitación que espí minutos antes, sale el hombre que introdujo la pistola en la nariz del Dr. Yankelovich. Le veo bien el rostro, su barba de candado.

—Mira nomás qué trajo el agua —dice el hombre al pasar a la oficina, su oficina, que me indica su caminado confiado hacia la puerta principal que cierra para después cumplir con el saludo.

—Dr. Leonardo Gámiz. Mi sobrino, Aldo Carneiro.

—Si este joven no necesita introducción, Eduardo. Claro que lo conozco —dice en pleno apretón de manos—. Lo he visto en todas sus obras. Soy su admirador número uno.

—Qué bueno que llega, Dr. Gámiz —dice Eduardo—. Justo estaba por contarle a Aldo sobre el procedimiento que le aplicó al Dr. Yankelovich.

—Saliste muy escurridizo, demonio —me dice el Dr. Gámiz y se sienta a mi lado—. Pues mira, te cuento yo porque no hay nadie mejor que yo para hacerlo. No soy quién para decirlo pero, ¿sabes una cosa, Aldo?, soy el único doctor en esta empresa. Podrás escucharlos por los pasillos llamándose así...

—Otra vez con lo mismo —interrumpe Eduardo.

—Yo soy —continúa el Dr. Gámiz— médico neurocirujano geriatra. A mí sí me puedes llamar doctor —expone con su mirada puesta en Eduardo—. Solo a mí y al Dr. Yankelovich —modifica y vuelve a hacer contacto visual conmigo—. Aunque él no es meramente un médico podemos decirle doctor o incluso maestro. Él es como Da Vinci, su genio traspasa cualquier campo. Y como es tan brillante, me pidió ser parte de su *staff*, al que estoy orgulloso de pertenecer, y ellos de tenerme como miembro, porque sin mí esto sería un esfuerzo mal enfocado. Sucede que antes de que yo llegara...

—Claro, Dr. Gámiz, fue usted nuestra salvación —dice sarcásticamente Eduardo.

—Nadie, ni siquiera el Dr. Yankelovich había encontrado el verdadero potencial de Lucy o kryptonita, como te hayan dicho que se llama. Ninguno con mi facultad para saber los verdaderos beneficios de esta investigación —expone el Dr. Gámiz y sube un pie al sillón ayudándose con las manos. Lo cruza con el que queda volando y adopta una pose más confortable para alguien de su talla.

—Antes de que yo llegara a esta empresa se buscaba canalizar la energía almacenada en la kryptonita para uso industrial —prosigue—. Se desarrollaba maquinaria para este

tipo tan particular de tecnología, como si fuera cualquier otro combustible, y se puede. Toño —dice refiriéndose al Dr. Mariscal— sigue empeñado en eso. Pero la verdad, Aldo, es que la energía del hombre es mejor reutilizarla en el hombre mismo. Es ahí donde está su ganancia, en la reparación molecular. Sonría, Dr. Monfort —le ordena a Eduardo, quien, sin alegar, atiende a la consigna—. ¿Ves? ¡Sin arrugas! A todos los que trabajan aquí ya les reduje la edad. Ni te imaginas cuántos años tiene el Dr. Rafael Yankelovich. Gracias, Eduardo —enuncia y da por terminado su punto—. ¿Qué edad tienes, Aldo?

—Treinta años.

—¡Qué coincidencia! —dice fingiendo asombro, como si no supiera mi edad.

Apostaría a que ya la sabía, estos locos podrían saber más de mí que yo de mí mismo.

—A tu edad, Aldo, termina la curva de crecimiento del hombre. Los órganos, tejidos y huesos, a grandes rasgos, empiezan su proceso de muerte. Claro que te estoy hablando de algo que sucede con lentitud, pero así es, nos vamos oxidando por dentro y por fuera, y a eso le llamamos envejecer. Sin embargo, no es otra cosa más que la putrefacción del cuerpo, un proceso natural, por supuesto, pero lo intrínseco de nosotros los hombres es ser antinaturales. Mi teoría es que venimos de otro planeta, pero no me quiero desviar del tema. El punto aquí es que, aunque tenemos un límite de edad, condicionado por los genes y otros factores del ambiente, en este momento, gracias a mis avances con la kryptonita, nos es posible estirarlo a un grado que ni te imaginas.

—¿Eso fue lo que le inyectó al Dr. Yankelovich?  
—pregunto—. ¿Kryptonita?

—La comunicación entre neuronas se va perdiendo al envejecer. El tiempo todo lo destruye. Pero con la energía eléctrica y bioquímica de la kryptonita somos capaces de reparar daños en la sinapsis y normalizar los niveles de nutrientes y neurotransmisores. Encauzada a la corteza cerebral, al neocórtex —explica mientras se toca la cabeza—, este manto delgado de dos milímetros de grosor de materia gris que cubre la superficie de los hemisferios y donde ocurre el juicio, la percepción, el lenguaje, los pensamientos, la decisión...; dirigida a esta zona, construye tubos de regeneración, prolongaciones neuronales —dice emocionado sin importarle un carajo que yo le entienda—. Las moléculas de la kryptonita se asocian con las células de Schwann, las células nodrizas del sistema nervioso, responsables de procesar toda la información del organismo, y las ayuda a multiplicarse por mitosis a ambos lados del sitio lesionado, creando un tubo que permite el resurgimiento de la conexión. Al Dr. Yankelovich, como a los egipcios durante la momificación para extraerles el cerebro, le hice una operación en la cual le rompí un hueso de la nariz, el etmoides, y le coloqué una tapa artificial removible y creé una vía directa al cerebro.

—¿Qué?!

—El techo de la nariz es la base del cráneo. Es una cirugía sencilla, sin embargo, hemos de pensar más de dos veces su comercialización. No es para nada una mala idea pero hay detalles a considerar. Podríamos meternos en líos... Al trabajar directamente en el cerebro obtenemos mejores resultados, Aldo. La idea es ser los distribuidores número uno de tratamientos para la prolongación de la vida, para el antienvjecimiento humano.

Repica el teléfono de la oficina y Eduardo no tarda en levantarse a contestar.

—No sabemos dónde vamos a parar con todo esto —continúa el Dr. Gámiz—. Nuestra meta en un futuro próximo, y no estoy jugando, es alcanzar la inmortalidad. Como en el sueño de todos los reyes. El sueño de Gilgamesh.

—La inmortalidad es de los vampiros —apunto—. Solo que ustedes chupan energía en vez de sangre. ¿Cuántos años tiene el Dr. Yankelovich?

—¿Por qué no le preguntas a él? —dice Eduardo—. Vamos para allá.

JÚPITER



—BIENVENIDO DE VUELTA, muchacho —dice el Dr. Yankelovich al abrir la puerta—. Y bien, ¿qué piensas ahora después del *tour*? ¿Se resolvieron tus dudas?

—¿Cuántos años tiene? —le pregunto recién doy un paso dentro de la oficina.

—Por favor, tomen asiento. ¿De cuántos parezco?

—En primera diría que de unos sesenta y cinco años —contesto mientras avanzo—, pero como ya me contaron lo que hacen aquí y vi lo que le hacen a usted, entonces diré ¿ochenta?

—Ciento veinte y uno —revela y toma asiento detrás del escritorio.

Me quedo atónito, no pido pruebas al respecto y como si una fuerza invisible me empujara por la cara caigo sobre la silla.

—Resueltas tus dudas, muchacho, pongo las cartas sobre la mesa —dice el Dr. Yankelovich y extiende una carpeta de piel negra sobre el escritorio—. Este es tu contrato. No lo leas ahora, tendrás tiempo para revisarlo con tranquilidad. Ahí está especificado lo que vas a recibir nada más por firmar,

y eso lo puedes ver en la segunda página. Si quieres de una vez —sugiere.

Tomo la carpeta, la acerco a mi pecho y con las dos manos la abro. Hay un juego de hojas unidas por una pinza. Las saco y paso a la segunda. Mis ojos crecen el doble con la cantidad de dinero que me ofrecen. No entiendo de qué manera si apenas y me han escuchado.

—Más adelante viene el monto completo —ilustra el Dr. Yankelovich—. Lo que tiene que ver con regalías y detalles y detalles y más detalles y más cláusulas. Todo está muy claro pero es mejor leerlo con calma. De todas formas, te platico... Queremos lanzar un proyecto, una banda de rock que llevaría por nombre *Júpiter*, y queremos que tú seas líder de la banda. ¿Cómo ves? Tendrías tu propia banda de rock. La armaríamos juntos, tú serías el vocal y nos ayudarías a conseguir a los demás miembros de la banda. Estipulamos tres años para empezar, en los cuales el grupo sacaría cuatro producciones, tres de estudio y una en vivo. La mayor parte del tiempo estarían de gira por todo el mundo haciendo presentaciones; eso es lo que nos interesa —dice y aplaude—, los conciertos. Ahí es donde está lo divertido, muchacho. Créeme que se te pasarán volando estos años con tanta dopamina que vas a producir. Solo quiero decirte una cosa muy importante, que quede claro: no puedes decir nada al respecto de lo que te hemos dicho hoy y lo que seguirás viendo conforme vayamos trabajando juntos. Aquí suelen suceder cosas que es mejor que nadie sepa. Sabes de qué hablo —guiña un ojo—. Es de vida o muerte que mantengamos este acuerdo de confidencialidad, Aldo. Es un pacto de caballeros. En el contrato viene explicado. De ninguna manera podrás revelar información a los medios, por supuesto, pero tampoco a tu familia, mejor amigo, novia, psicólogo, abogados, a nadie, ni a tu mascota. Ni a tu propia sombra.

—¿Y en caso de que no aceptara? —cuestiono atropelladamente—. ¿Qué pasaría?

—No pasaría nada, solo habría que proceder con una pequeña operación. Nada personal, Aldo, sería nada más para estar seguros de que el secreto se mantenga.

Eduardo se pasa la mano entre el cuello y su castaña cabellera mirando a mi lado contrario.

—¿Proceder con una pequeña operación? —pregunto exaltado—. ¿De qué habla?

—No nos gusta llegar a esas instancias —dice el Dr. Yankelovich—. Es algo extremo. Por lo mismo la hemos realizado pocas veces. No es necesario hablar de eso. Espero que aceptes el trato.

—¿Qué tal que no acepto?

—Aldo, no podemos ser más francos —media Eduardo—. Te hemos dicho muchas cosas esta mañana con la esperanza de que tengas la capacidad de asimilarlo de manera positiva y darle para adelante con nosotros.

—Tómalo con calma —interviene el Dr. Yankelovich—. Hoy es martes. El viernes nos vemos otra vez. ¿Qué te parecen unos días para que leas el contrato y lo medites con la almohada?

—El viernes está bien —digo en automático.

—Mañana te echo una llamada para ponernos de acuerdo —dice Eduardo.

—Listo —indica el Dr. Yankelovich al presionar un botón del intercomunicador—. Entonces es todo por hoy, muchacho. Gracias por acompañarnos. Aunque no lo creas, significa mucho para mí que hayas venido y te hayas interesado en el proyecto. ¿Estás listo para comerte el mundo, muchacho? —pregunta y enseña los dientes—. Sé que lo has estado mordiendo.

Eduardo abre la puerta que conecta al pasillo, toma mi abrigo que reposó sobre el perchero de la oficina del Dr. Yankelovich durante mi recorrido por las instalaciones, y me lo pone en los hombros como un entrenador de boxeo a su púgil.

—Aldo siempre ha sido una estrella —comenta Eduardo—, desde que era un niño. Yo siempre he admirado sus dotes artísticos. Ya ni te has de acordar —me dice—, pero conmigo empezaste a ir al teatro.

—Sí me acuerdo.

—Te encantaba sentarnos en la primera fila.

La mujer del ajustado vestido rojo se aparece en el pasillo. El Dr. Yankelovich me agarra el rostro con sus palmas y concluye con un abrazo. Eduardo alborota mi cabello con sus manos y me dice que me quiere mucho. Yo finjo normalidad y salgo de la oficina. Camino junto a la mujer el trecho del pasillo al ascensor, algo me platica y yo solo contesto que sí a todo. Mi mente tiene el número que vi en el contrato. Ni en sueños me habían ofrecido tal cantidad por un proyecto. Nos trasladamos a la planta baja y la cruzamos para salir por la puerta principal. Afuera me espera un auto de lujo. Ha parado de llover pero sigue mojado el pavimento.

**¿YA VAS A SER UNA  
ESTRELLA DE ROCK?**



CON LA CABEZA APOYADA entre el respaldo y el cristal de la ventana, aglutinado en una orilla, aspiro el aroma a coco del auto. El contrato de Luz Records, dentro de la carpeta de piel negra, está puesto a mi derecha camuflándose con el asiento. En mi mente dan vueltas las palabras que dijo Eduardo al final: “capacidad de asimilarlo de manera positiva”.

El chofer me hace plática, como es de esperarse. Habla de la tormenta. Viéndome a través del retrovisor se explaya hasta entender mis respuestas cortas. Estamos a unas cuantas calles del departamento cuando la lluvia reanuda, con dos truenos de preludio, azota de nuevo la ciudad.

Me despido y bajo del auto con mi paraguas en una mano y el contrato en la otra. El viento cambia de dirección desbaratadamente y la lluvia me moja.

Entro al departamento, tiro llaves, paraguas, contrato y abrigo en el primer sitio que hallo. Voy a la cocina y lleno un vaso con agua. Busco en una gaveta, donde guardo todo tipo de remedios, algo para el dolor de cabeza y en segundos ya estoy con dos comprimidos en el estómago.

El timbre suena y atiendo enseguida.

—Buenas tardes, ¿Aldo Carneiro? —pregunta un sujeto desconocido en el marco de la puerta.

—Yo soy.

—El Dr. Rafael Yankelovich le envía algunas especialidades de la cocina de Luz Records. ¿Sería tan amable de permitirnos el acceso a su casa?

Doy unos pasos atrás y el hombre entra al departamento. Llegan otros cuatro tipos vestidos de igual forma de pies a cabeza, empapados. Traen consigo una botella de vino, cuatro bandejas para bufet de acero inoxidable y un mesón con ruedas del mismo material. Los guío y colocan la base en la cocina y las charolas sobre ella. El hombre que llegó primero me invita a echarle un vistazo a los platillos. Los va mencionando cada que una bandeja es destapada por el personal. Huele exquisito. Otro descorcha la botella de vino, vierte el tinto en una copa y me da a degustar. Justo lo que necesitaba mi garganta para abrir el apetito.

—Que lo disfrute, caballero.

Así como llegaron se van. Yo regreso a la cocina y picoteo un poco. Ansío un baño caliente. Con la copa de vino en mano, me dirijo al baño y abro la llave de la regadera. Espero un poco a que el boiler haga lo suyo y entro a la ducha a sabiendas de que será un baño prolongado, de esos en los que se debate una estampida de pensamientos, librando del vapor la lucidez.

Mientras enjuago mi cabello fijo la mirada en una burbuja que está adherida a la abrazadera de metal para controlar el flujo del agua. En esa pequeña pompa de jabón aparece en miniatura mi reflejo y se genera en mí la ilusión de estar dentro del globo de aire. La analogía perdura en mi mente más que lo que tarda en explotar el fenómeno. De aceptar el trato, inflaría mi propia burbuja, de igual modo tanto por mi carrera como por la superestructura socioeconómica del siglo

veintiuno, y no solo por obligación del contrato me siento empujado al estrago de cualquier vínculo humano. Aislar a los hombres repitiendo que cada cabeza es un mundo es la clave de la estabilidad nacional. Firmar con Luz Records, en teoría, parece fácil, pero el enramado de deseos egocéntricos que ha crecido en mí durante años no tiene ni un fruto de ocultismo. Como actor puedo ponerme cualquier máscara, pero las evito en mi día a día. No quiero quedar atrapado dentro de una burbuja, morir de una vida para empezar otra.

Termino mi baño y mi reflexión y salgo en toalla directo por otra copa de vino y un plato bien surtido de comida. Enciendo la tele para que me haga compañía y aleje cualquier pensamiento que le dé vueltas a lo mismo.

Entra una llamada a mi celular. Es Sara, mi hermana. Silencio el volumen de la tele y contesto.

—Te hablo para recordarte de la cena de hoy.

—Ya la había olvidado.

—Por eso la llamada.

—Sara, no sabes lo que me acaba de pasar. Me ofrecieron un contrato para grabar mi música.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—¿Cómo fue? ¿Con quién vas a grabar? ¿Ya vas a ser una estrella de rock?

—¿Te acuerdas que te dije que tío Eduardo me había pedido de favor ir a una audición? Yo pensé que era para un papel en una obra, pero nada, resulta que unos amigos suyos están montando una disquera y me presentó con ellos.

—¿Tío Eduardo?

—Yo tampoco lo podía creer. Quieren que firme un contrato para armar una banda. Yo sería el vocal. Grabaríamos varios discos y saldríamos de gira por el mundo, o eso dijeron.

—Quién diría que tío Eduardo estaba tan conectado... La última vez que lo vi fue en una de tus obras. Iba con dos señores que se comportaban muy extraño. Más que él.

—Esta gente era de lo más normal.

“Por eso me encanta este muchacho” —imagino decir al Dr. Yankelovich frente a una pared de pantallas donde monitorea, como Orwell vislumbró al fantasma del Gran Hermano, cada una de mis palabras y movimientos—. “Porque Aldo, antes de ser buen músico, es mejor actor”.

VOY  
PARA ALLÁ



EL OCÉANO OSCURECIDO DE SANGRE es un enorme caldo de cultivo simbólico. El sol, de ser un círculo perfecto, cambia de forma y se vuelve una maraña refulgente que palpita al ritmo de mi respiración agitada. Las nubes, amalgamadas como grandes palomitas de maíz, incendian el cielo convirtiéndolo en su opuesto religioso, el infierno. Enceguecido por el plano infinito del claro firmamento, vestido con un traje como el de Superman pero color verde, surco el viento con mi puño por delante. La S en mi pecho es una serpiente. Mi capa ondula. La corriente de aire hace de mi cabello un antifaz.

Sé que estoy soñando porque para el hombre no hay otra manera de elevarse en vuelo que no sea dentro de un sueño lúcido, salvo en algún avión o helicóptero. Pero ese no es mi caso, yo me impulso a mí mismo como por arte de magia. Poseo el superpoder de volar y me encanta. Desde esta altura no hay nada que no pueda hacer mío. Los edificios, las casas, las avenidas, incluso las montañas caben en la palma de mi mano.

En una colina diviso una mansión construida al deleite de los reyes del hedonismo, donde mi narciso universal puede

crecer como el cáncer. Vuelo hacia ella. En la entrada de la casona hay una colección de automóviles lujosos, clásicos y vanguardistas. El patio tiene una cancha de tenis, otra de básquet y una piscina con destellos cristalinos. Yo solo quiero habitarla poéticamente como una contradicción.

Aunque lo estoy, me niego a declararme perdido ante la vanidad y ser la mera reiteración del millonario. En esta mansión es posible un estilo de vida que nunca creí alcanzar y siempre deseé. No obstante, al admitirlo, un sentimiento de culpa asombra mi conciencia.

Esto es lo más extraño de los sueños, que van más allá de los sentidos. Aparte de las imágenes, sabores, aromas y sonidos hay pensamientos profundos. Este proyecto arquitectónico significa la eclosión de un doble proceso en mi vida. Por un lado, mi concepto del arte como bohemio y, por otro, mis vínculos sociales.

Por una ventana del tercer piso entro a la casa. En su interior hay una recámara elegante donde me esperan tres seres humanoides con los rostros animalescos de los picaportes de bronce que estaban en las puertas de roble blanco dentro de las instalaciones de Luz Records; uno con cabeza de halcón, otro con cabeza de perro o chacal, y el tercero, del que no sé decir bien de qué es su cabeza, tiene el hocico curvado, las orejas rectangulares y erguidas.

Intuyo lo que estos monstruos están por hacer conmigo; sin embargo, no intento detenerlos ni escapar. Sus mordidas bestiales penetran hasta mis huesos. Tirado en la alfombra, a la mitad de la habitación, veo sus colmillos sucios con mi carne despedazada.

Despierto. Tardo unos minutos en conectar a mi mente con mi cuerpo. Este sueño no fue ningún caso de serendipia; representa mi alienación por medio de la industria de la inmortalidad.

Al fin me muevo, tomo mi celular del buró que está pegado a la cama y veo la hora: 8 p.m. Tengo un mensaje de Sara: *Te estamos esperando.*

*Voy para allá,* contesto.

La noche adquiere un panorama distinto. Mi mirada se posa en las cosas en busca de su sincretismo politocientífico. En los apagadores de luz yace el consumo del tiempo. El ojo de Dios-Aparato de Estado está en la computadora. Mi teléfono inteligente es una marquesina publicitaria. La televisión un aula escolar. El vino contiene el alivio de la jornada. Adentro del refrigerador hay un laboratorio farmacéutico. En el armario se guarda el silencio rebelde de los hijos de los países en desarrollo. En la cochera está estacionado el engranaje angular de la maquinaria económica, el prodigio hidrocarbúrico. Y en mi rostro, reflejado en el espejo del baño, brilla el receptáculo del vigor juvenil, listo para empaquetarse y distribirse por el mundo.



**CONVERTIRNOS  
EN DIOSES**



AL LLEGAR A CASA DE SARA me doy cuenta de que era esto lo que necesitaba: el calor fraternal de una pequeña reunión entre amigos. Además de mi hermana, quien trabajaba como maestra de kínder, y Luis, mi cuñado y cómplice desde la infancia y que como yo es actor de teatro; está también Martín, guionista y escritor de novelas sobre vampiros, y Angélica, una compañera de Sara en el kínder, quien durante la cena nos cuenta que recién se separó de su esposo y se halla en una crisis emocional que la tiene sin comer y dormir como se supone. Entre todos la consolamos y ella se desahoga hasta las lágrimas. De pronto, Sara se asegura de que cada uno de nosotros tenga vino servido en su respectiva copa, le da unos golpecitos a la suya con una cuchara, propone un brindis y sin dejar el asiento todos levantamos la copa.

—Es una locura que estemos reunidos con la tormenta allá afuera —declara Sara y hace una pausa en la que es posible escuchar el sonido de la lluvia—. Les agradezco a todos por estar aquí y ser parte de mi vida. Hoy es un día muy importante para mí porque mi hermano adorado por fin va a grabar su música.

—Todavía no es oficial —aclaro.

—¡Por Aldo, mi hermano y estrella de rock favorita!  
—exclama Sara y todos le damos un trago al vino a la voz de:  
¡salud!

—Dame tu autógrafo antes de que seas famoso —dice  
Martín.

—Pensé que ya lo era —contesto.

—La verdad no —contradice.

—¿Qué es la fama? —pregunta Luis.

—¿Te vas a poner filosófico? —inquire Sara.

—Es una pregunta como cualquier otra —dice Luis—.  
¿Qué es la fama? ¿Cómo la definirían? ¿Cómo la definirías tú,  
Martín? —se la tira.

—La fama... para mí —especifica—, va más allá del  
reconocimiento o la reputación. Es tener más de diez millones  
de seguidores en tus redes sociales.

—¿Tanto así? —dice Luis—. ¿Para ti, Angélica?

—Para mí basta con que obtengas un logro importante y  
la gente te lo festeje.

—En ese caso todos somos famosos —objeta Martín.

—Bueno. Aparecer en la Wikipedia —cambia Angélica su  
respuesta.

—Para mí —dice Sara— la fama es que vayas por la calle y  
todos sepan quién eres.

—¿Tú qué piensas sobre la fama, Aldo? —me pregunta  
Angélica.

—La fama es el deseo humano de convertirnos en dioses  
—digo sin saber de dónde saco esta definición. Nunca la había  
meditado ni dicho.

—Creo que tenemos una respuesta ganadora —apunta  
Martín.

—Para mí, la fama es un constructo político —explica Luis—. Es el motor de la sociedad, el sueño capitalista de que si te esfuerzas lo suficiente, tarde que temprano, obtendrás lo que buscas. Si no fuera por ese sueño de fama todos estaríamos sin hacer nada. Y hay que producir.

—¿Ves? Te pusiste filosófico —concluye Sara.

—Si les dijera que a los productores musicales —expongo— no les interesa para nada la obra de un artista, sino la energía de su público, ¿qué dirían?

—¿Cómo que la energía de su público? —pregunta Luis.

—Imagínate que hay una manera de saber —explico— si un artista es no solo atractivo por su propuesta musical o por su aspecto, sino que científicamente se puede medir qué tanto puede retener la energía que emiten las personas a su alrededor.

—Ahora tú te pusiste muy metafísico —señala Sara.

—Yo no te entiendo —dice Angélica.

Apenas voy a profundizar en lo que dije cuando suena mi celular que está sobre la mesa. Un número desconocido se registra en la pantalla. Lo tomo y al momento de contestar la llamada se corta. Inmediatamente llega un mensaje de texto que dice:

*Esta es la primera advertencia, Aldo. Cambia el tema y no hables de Luz Records.*

Mi mente viaja a una situación peligrosa.

Decir la verdad y tratar de esconderla es igual de difícil. El tiempo todo lo descubre.

Definitivamente el buen rato que estaba pasando ya terminó. Resuelvo callar, evitar toda conversación acerca de mí. Resulta sencillo, cuestión de preguntarle a Martín por la

nueva historia que está escribiendo para que se suelte a hablar y sea el foco de atención.

Espero el momento indicado y me despido. Angélica me pide compartir un taxi. Dice que no quiere irse sola a su casa. Yo accedo pensando que su intención es otra. Sexo. Lo mejor que puedo hacer para olvidarme de este día tan extraño.

**FUENTE  
DE JUVENTUD**



CAMINO A CASA DE ANGÉLICA, sentados en el asiento trasero del taxi, la invito a tomarse una copa de vino en mi departamento. Ella acepta sin pensárselo mucho. Yo tenía razón, compartir un taxi era solo el principio de algo más. Debido a la tormenta, las clases en el kínder se suspendieron esta semana. Dice que su todavía esposo ya no vive con ella, así que tampoco tiene a quién rendirle cuentas sobre dónde y con quién va a pasar la noche. Le indicamos al conductor la nueva dirección y cambia de ruta.

Al abrir la puerta del departamento, antes de entrar, me disculpo por el desorden y Angélica dice que no me preocupe. Enciendo la calefacción del aire acondicionado. Sirvo dos copas del vino que me obsequiaron en la tarde mientras ella curioseaba en la sala y comenta mis fotografías. Conecto vía inalámbrica las bocinas a mi laptop y pongo una lista de reproducción aleatoria a un volumen que nos permita conversar sin prestarle tanta atención a la música.

Aunque es parte de la vida, el silencio y yo nunca aprendimos a ser uno mismo. Ni siquiera para irme a acostar lo busco y, al despertar, lo primero que hago es encontrar motivación en un *riff* de guitarra o en un remate de batería.

Angélica se interesa por mis canciones, cómo las compongo, de qué tratan, cuál es mi inspiración, ¿acaso una musa? No le digo gran cosa, solo una ensalada de ideas. Ella insiste en que las quiere oír. Me niego por un rato pero es casi una súplica la suya que termino por bajar la pantalla de la laptop y voy a sentarme frente al piano.

Recuerdo lo que a mediodía me dijo Joel Reyna en el estudio de grabación de Luz Records: que si las condiciones están dadas, un artista debe complacer a su audiencia, aunque esta conste de una sola persona.

De igual modo, es algo que más o menos busco, una opinión externa. Como apenas empiezo mi etapa de cantautor, mi parte insegura requiere del estímulo de los demás para tender a ver menos mis fallas.

Después de lucirme un poco con una pieza instrumental de Metallica, interpreto una de mis canciones.

—¡Otra! ¡Otra! ¡Otra! —interpela Angélica recién termino de tocar.

—Si no vas a aplaudir, mínimo ven a darme un abrazo —le digo y entonces se acerca a mí, pone sus brazos alrededor de mi cuello y, como yo estoy sentado y ella de pie, sus senos hacen pleno contacto con mi cara.

Me levanto friccionando mi cuerpo contra el suyo, peino su cabello hacia atrás con mis dedos y pruebo sus labios. Le sugiero pasar a mi habitación y sin pronunciar palabra me toma de la mano y guía mis pasos hasta la cama. Arrebatados por una indómita fuerza natural, cada quien se despoja de sus ropas y nos metemos bajo las sábanas.

¿Nos estarán escuchando?

Esta pregunta martilla de pronto dentro de mi cabeza. El mensaje de texto que recibí en el celular durante la cena en casa de Sara revolotea mis pensamientos. Intento deshacerme

de ellos para que no apaguen mi libido pero no puedo. Intentar es de tontos —solía decir mi madre—, sin embargo es más tonto el que no intenta.

—Tengo muchas cosas en mente —le confieso a Angélica—. Estoy batallando para estar en el aquí y el ahora. Te propongo algo. Vamos a hacer esto rápido. Tratemos de llegar al orgasmo en el menor tiempo posible.

—Estoy contigo —me dice.

Como en una historia erótica que no puede ser cierta pero en este caso lo es. Ambos llegamos al clímax. Sus gemidos valen cada segundo.

—No suelo gritar así —dice acostada en la cama tras separar nuestros sexos—. Creo que fue la emoción de saber que no regresaré con él —se refiere a su esposo.

—La vida está hecha de separaciones —le digo—. Si decido firmar el contrato que me ofreció la disquera estaría obligado a cumplir una cláusula de confidencialidad que, eventualmente o de tajo, no sé, me separaría de las personas con las que convivo. Terminaría siendo uno de ellos.

—¿Ellos?

—Un grupo de vampiros que se hacen pasar por doctores o al revés.

—Estás exagerando. Míralo de la siguiente manera: vas a hacer lo que te gusta y aparte te van a pagar muy bien. Vas a vivir nuevas experiencias. Yo quisiera estar en tu lugar. Ser un artista.

—Dar clases a niños de kínder no debe ser tan malo.

—No lo es. Esos niños son mi salvación. Su inocencia, cómo descubren el mundo. Los amo. A veces me hacen sentir como si yo también tuviera cinco años.

—Son tu fuente de juventud... como yo para mi tío y esos doctores.

—A veces, cuando estoy con ellos, yo también soy una niña —dice y se reincorpora un poco pegando su espalda a la cabecera de la cama.

—¿Más vino?

—Por favor.

Voy por la botella a la sala, al regresar a la habitación llevo la plástica a su terreno. Me cuenta a detalle cómo fue su matrimonio, desde que se conocieron hasta los motivos que enfriaron su relación y los dramas desatados cuando los dos admitieron que se odiaban.

—Lo más raro de todo —dice— fue que las cosas que me llevaron a enamorarme de él fueron las mismas por las que decidí dejarlo.

—La admiración de la belleza, poco a poco, nos lleva a su destrucción.

El vino se acaba y, junto con él, algo de nosotros también se vacía. Nos damos las buenas noches y un último beso. Apagamos la única lámpara que quedaba encendida y acomodados de espalda a espalda caemos rendidos.

Despierto casi por accidente, como lanzado de un acantilado en mis sueños. Recostado de lado con mi cabeza sobre la almohada, con uno de mis ojos alcanzo a ver en la oscuridad una sombra que se acerca hacia mí. Brinco del susto y siento un fuerte pinchazo en el cuello. Mi voz se atora en el pecho y vuelvo a caer en el sueño. Soy arrastrado de un pie por un perro que me lleva en su hocico a través de un bosque infinito y tenebroso.

LA FACULTAD  
DE OLVIDAR



EN LA ANTESALA DE UNA INEVITABLE TRAGEDIA GRIEGA, real como la de Sócrates, estoy inmerso en un limbo lechoso.

En las muñecas de mis manos y en mis tobillos tengo ajustadas unas esposas de cuero, de esas que usan en los psiquiátricos para amarrar a los locos, que me impiden despegarme del sillón de piel donde mi cuerpo se hunde inmovilizado. No tengo idea de cómo llegué a este lugar. Traigo puesto el mismo conjunto deportivo que vestía al dormir en mi departamento a lado de Angélica. Sentado en una silla de oficina, frente a mí, está Eduardo, tan tranquilo como siempre; sin embargo, al escrutar un momento su rostro, lo veo como si fuera otro. Aunque sé que es él, es como si fuera la primera vez que lo veo.

—¿Qué me hiciste? —le digo con la voz destrozada.

—Estás sedado —contesta—. Necesito mantenerte en un estado pasivo.

—Quiero gritarte. Tratar de escapar. Pero no puedo. ¿Qué me pasa? No siento ni mi cara.

—No estamos para dramas, Aldo.

—Desátame.

—Algunos artistas, como tú comprenderás, tienden a la rebeldía, y la única forma de revuelta que se les ocurre es el sabotaje; peor aún, el autosabotaje. Es mejor que te quedes como estás.

—Yo confié en ti.

—Esto no es ningún juego, Aldo. ¿Sabes lo que significa tener ciento veintiún años y estar saludable? Yo no, y es algo que quiero saber. Sé que la vida no es eterna, pero me voy a poner al tú por tú con la muerte. Si me quiere llevar, se va a topar con la ciencia. Y aunque no quieras tú serás parte de Luz Records. Bajo nuestras condiciones.

—No quiero aliarme contigo. Buscaré por mi cuenta mis propias oportunidades. Así empecé mi carrera de actor, desde cero. Puedo hacer lo mismo con la música.

—Sabes que te quiero como al hijo que nunca tuve —dice Eduardo intentando suavizar su rostro—. Yo te voy a ayudar a conseguir lo que buscas. Siempre lo he hecho. Yo cuido tus pasos.

—Lo que tú quieres es sacar ventaja de mí. Usarme como si fuera otra de tus máquinas.

—Lamento que no alcances a ver ni un tercio de lo que abarca la realidad.

—Yo confié en ti —reitero.

—Por favor, Aldo, no compliquemos las cosas. Podría darte algunas opciones pero sé que, básicamente, voy a terminar haciendo lo que es mejor para la compañía. Te voy a explicar lo que va a pasar...

—Dame las opciones.

—No tiene sentido. Veinticuatro horas estuviste a prueba y fallaste. No fuiste el único, así que no te preocupes. En este viaje a la inmortalidad no estás solo.

—¿Por qué me haces esto, tío?

—Para alcanzar nuestros sueños, sobrino, son necesarios grandes sacrificios —dice e inclina su cuerpo hacia adelante—. Cuando despiertes no recordarás nada de lo ocurrido este día. Firmarás el contrato el viernes y estarás completamente de acuerdo con todo. El silencio y tú serán uno mismo. En la música, el silencio es tan importante como el sonido.

—Lo que tengas planeado hacer, por favor, no lo hagas —le pido.

—Esto es mi culpa. No debí permitir que se te revelara toda esta información en un día. Pensé que sería lo mejor. Ya veo que no. Pero lo vamos a solucionar. Una casa limpia no es en la que no se ensucia nada, sino en la que se limpia lo que se ensucia.

—¿Qué vas a hacer?

Eduardo deja su asiento. Camina hacia mí. De uno de los bolsillos del saco que lleva puesto sustrae una hoja doblada por la mitad, la despliega, la coloca justo frente a mis ojos y dice:

—El Dr. Yankelovich te manda esto.

Parpadeo hasta enfocar lo que está escrito en la hoja. En una caligrafía perfecta está escrito el siguiente mensaje:

*Los elefantes son capaces de recordar. Pero nosotros somos seres humanos y, gracias a Dios, a los seres humanos nos ha sido otorgada la facultad de olvidar.*

Siento un piquete en el brazo. Eduardo me inyecta en la vena un líquido transparente con una jeringa. Un dolor insoportable me invade, no es físico, es un dolor que nunca había sentido. A esto se refieren cuando dicen que el corazón está roto. Yo confié en él. ¿Cuál es el bálsamo para una herida abierta como esta traición? Un punto de sangre en mi antebrazo es lo

último que veo antes de que mis ojos se cierren en contra de mi voluntad.

A través de dos líneas delgadas en mis párpados, más dormido que despierto, me extravió en la incandescencia de una lámpara que está encima de mí. Hago esfuerzos por reincorporarme. Son vanos. Recobrar la energía me es imposible. El rostro del Dr. Gámiz entra en mi visión. Se coloca un tapabocas azul. En su cabeza trae puesto un gorro de cirugía del mismo color.

—Es hora del show —lo escucho decir—. Música, por favor...

¡Paren esto!, quiero gritar; pero mi garganta está hecha nudo, las luces de mi alma están apagadas. ¡Paren esto, por favor!, choca una y otra vez en mi mente este grito de auxilio.

Como si algo apretara un botón de retroceder en mi mente, tengo la sensación de que este día desaparece. En mi conciencia, una gaveta es empujada de su lugar, en esta se amontonan las veinticuatro horas pasadas y, cuando vuelve a su sitio, ya forma parte de mi inconciencia. Dejo de ser un hombre y me vuelvo un secreto. Un hormiguero de visiones se propaga dentro de mí como una película que va del final al principio.

Las esposas de cuero en mis muñecas y tobillos. La sombra en mi habitación acercándose a mi cama. Los gemidos de Angélica. El taxi. El brindis de Sara. La advertencia en el celular. Mi reflejo en la burbuja de jabón. Las bandejas para bufet de acero inoxidable. El contrato dentro de la carpeta de piel negra camuflándose con el asiento. Eduardo diciéndome que me quiere. El Dr. Gámiz pasándose los dedos por la frente. Los ojos de loco del Dr. Yankelovich al ser intervenido en el cuartito que espíé. La máquina rectangular de la cual salía una manguera que la conectaba a una jeringa-pistola. La pintura

del hombre barbado que traía en brazos un cachorro de león. El grifo del lavamanos del baño con la forma de un águila real. Los reactores químicos que operaban a toda marcha. La esfera de kryptonita entre mis manos. Los ojos verdes del Dr. Mariscal. El piano. Las olas en las paredes y el techo del estudio de audio. Mi silueta coloreada de púrpura y rosa en la pantalla del Lector Energético de Agua. Las cabezas de animales en los picaportes de bronce. El ajustado vestido rojo de la mujer. Los elefantes que coleccionaba el Dr. Yankelovich en su oficina. La alfombra del pasillo. El edificio. La carretera. Eduardo moviéndose al ritmo del *jazz* tras el volante. La lluvia. El paraguas. El espejo. El abrigo. Un café...

Esta no es otra batalla. He perdido la guerra. No hay manera de defenderme ni con el ansia surgida de mis últimas fuerzas. Estoy paralizado. Soy un niño indefenso de nuevo. El telón se levanta. El héroe, en trance, cae al tiempo de la misma ópera familiar. “La Cabalgata de las Valquirias” de Wagner retumba en la sala de operaciones...



**UN RAYO CAÍDO  
DEL CIELO**



CUALQUIER EXIGENCIA se cumple en nuestra carpa. Entre bastidores, mis cinco compañeros y yo contamos los minutos para salir ante el público y cerrar con broche de oro este gran festival en el escenario A, con sede en la capital. Las estrellas nos sonríen con un corte idílico: no solo los paisajes de las ciudades que visitamos, también los nuevos vicios adquiridos y el lenguaje propio que hemos formado sinérgicamente como banda, sino, del mismo modo, la vibra positiva de la gente, la recepción de la crítica, las tendencias de moda en las que aparecemos y el apoyo de Luz Records, el sello discográfico detrás de nuestro proyecto. En un año nos volvimos importantes en el dispositivo cultural del rock. Logramos colocar tres éxitos en las listas de popularidad. “Un rayo caído del cielo” —título de nuestro primer material discográfico— es un pedazo de herencia de las conexiones animales vivas dentro del aparato social. En el seno de la industria del entretenimiento contestamos a la pregunta: ¿qué relación guardan forma y contenido? A nuestro sonido lo ilustran como un diamante con alas y cuernos. Nuestras letras profundamente banales y cínicas, flotan en un rock duro pero a la vez armonioso.

El hecho de componer junto a mis compañeros, compartir excesos y estar aliados en una misma misión suicida —sin destrucción no hay creación—; ha conectado eléctricamente mi corazón a los suyos. Hemos forjado juntos arte y misterio, una manifestación de una fuerza exuberante donde el destino es el viaje. Durante estos dos años que llevamos unidos, entre los ensayos, las grabaciones, presentaciones, festejos y tiempos muertos, he llegado a conocerlos bastante.

Oliver Cox, nuestro líder en la guitarra, se autonombra Luciferino. Su admiración por Anton LaVey, autor de la Biblia negra, le lleva a parafrasearlo seguido. Convertido al veganismo, corre por las mañanas y es miembro de un centro oriental donde hace meditación tántrica. Para Oliver Cox el único verdadero defecto físico y espiritual es la obesidad. Participa en orgías y escribe sin reparos sobre su bisexualidad y el movimiento LGBT. Ninguna reflexión profunda, solo anécdotas desenfundadas. Sin embargo, el cuerpo también es consciente y posee su propia sabiduría.

Daniel Bretón Jr., nuestro bajista, está fascinado con los asesinos seriales. En sus letras aparece siempre la palabra muerte. De todos los miembros de la banda, es con quien más disfruto componer. Su estilo no es arrogante, improvisa y practica la escritura automática. Bebe absenta hasta caminar torpemente y repetir sus mismas historias de conspiración. En el camerino no puede faltar su botella del hada verde y su frasco de azúcar moscabada con la que mezcla su bebida.

Ray Segundo, nuestra batería y alma del grupo, cree demasiado en el infierno. Compone principalmente penas fantasmales como sus ídolos Lovecraft y Allan Poe; ve en cada rincón una amenaza paranormal. Tanto ácido lo volvió esquizoide. Indiferente a los halagos y críticas de los demás, no intenta quedar bien con nadie y, por lo mismo, es con quien mejor platico.

Ulises Jones, además de ser guitarrista y acompañarme en la voz, es psicólogo —de los pocos lacanianos que conozco—. Es músico de conservatorio. Sus ritmos son demasiado métricos. Escucharlo se torna una experiencia encantadora. Viste siempre de blanco como si fuera un gurú. Se hace llamar a sí mismo Mago de luz. Nunca está sobrio, anda de droga en droga, siempre a la moda. Con su apariencia sajona y sus notas perfectas enamora a las chicas; pero no se crece, para él, conquistar es tan cotidiano como fumar.

Leonardo Carol, aparte de tocar el sintetizador analógico Korg ms-20, produce y dirige los videos musicales de la banda. Antes de unirse a Júpiter trabajó como director de fotografía en una agencia publicitaria. Su obra surrealista goza de éxito dada la rareza de sus ideas. A pesar de las imágenes demenciales que produce, Leonardo bien puede pasar por normal. Es el menos vicioso, tiene una bella esposa, un hijo que lleva su mismo nombre y una casa grande y propia; una vida aparentemente estupenda. A los ensayos es siempre el último en llegar y el primero en retirarse, no obstante, su compromiso es total.

Por mi parte aprendí a fragmentar mi mente en dos con una técnica sencilla de disociación que me resulta muy útil para lograr una mejor interpretación sobre el escenario. Mi *alter ego*, una divinidad solar de un cuento que me inventé, se llama Elion Racard, un anagrama de mi verdadero nombre. Antes de cualquier presentación pública presiono mis sienes con ambas manos e invoco su espíritu para que haga de mi cuerpo su templo. El paso final consiste en maquillarme con rímel los ojos. Como por arte de magia, al trazar esas líneas negras en mi rostro, cambio de estado y soy dotado de los rasgos que necesito: una potencia arrasadora capaz de gritar y entonar a la vez, correr de aquí para allá sin perder el aliento

y embestir la realidad como un extraterrestre dentro de un reino ficticio donde mi ser pasa de interesante a icónico. Mi doble personalidad tiene un solo defecto —no es ridículo ni forzado—: es adicto a la cocaína.

A cualquier lugar al que vamos juntos como banda es vital la presencia de Maximiliano Toro, nuestro representante artístico. Le decimos el séptimo jupiterino. Las pocas veces en las que no nos ha acompañado, sin darnos cuenta, algo se interpone entre nosotros y el ambiente se torna agrio. Su estampa nos recuerda que tenemos un propósito mayor por el cual tolerarnos. El lado positivo de las cosas es más evidente cuando él está cerca. La balanza termina por inclinarse a la reconciliación.

En Júpiter, aunque nos escondamos detrás del arte, nos relacionamos bajo un poder político donde no hay línea que separe al intelecto de la pasión. Nuestras luchas de egos, ciegos del gran panorama y desposeídos por tener la razón, por más cámaras democráticas que inventemos, nos llevan siempre a necesitar un árbitro.

En una ocasión, durante un ensayo maratónico, Oliver Cox y yo pasamos de las ofensas subidas de tono a los empujones y, cuando llegamos a los golpes, apareció Maximiliano y fue el único capaz de separarnos. Habló con los dos y nos hizo ver el error que cometíamos. Las cosas no acabaron tan bien, pero tampoco tan mal. Pasadas unas semanas, Oliver y yo bebíamos otra vez de la misma copa.

Hace unas horas, esta misma noche, Maximiliano nos dijo que tenía una noticia importante que darnos. Al ver nuestras expresiones indiferentes pudo intuir que ninguno creyó que fuera gran cosa y no le dio vuelta al asunto.

**UN DESPRENDIMIENTO  
CORPÓREO**



LA ACTUACIÓN DE LA BANDA que nos precede termina. Estamos a minutos de salir al escenario. Maximiliano nos convoca a una reunión al centro de la carpa como a un equipo de fútbol americano que prepara su siguiente jugada y, con su teléfono en la mano, va callando nuestros comentarios irreverentes hasta que su móvil timbra y observamos en la pantalla el nombre del Dr. Rafael Yankelovich.

—¡Doctor! —grita Maximiliano tras aceptar la llamada en altavoz—. ¡Lo escuchamos!

—¿Están todos? —pregunta el Dr. Yankelovich.

—No falta ninguno —responde Maximiliano.

—¿Cómo están, muchachos? Ya los extraño.

—¡Andamos al cien, Doctor! —dice Ray Segundo, quien, por lo general, es el más elocuente del grupo.

Sin haber llegado a un acuerdo tácito, él tiene el derecho de hablar en nombre de la banda.

—Nosotros también lo extrañamos. Estamos contando los días para verlo de nuevo.

—De fiesta en fiesta, seguramente —repite el Dr. Yankelovich.

—¡Puro trabajo, Doctor! —dice Daniel Bretón y le da un trago a su absenta.

—Quizá ustedes no lo saben —expone el Dr. Yankelovich—, pero mañana se anuncian las nominaciones al Grammy Latino y un pajarito infiltrado en el gremio me dijo que Júpiter está nominado en siete categorías.

El humo se concentra en medio del camerino. Ordenados los siete alrededor del celular de Maximiliano, como rayos alrededor de una estrella refractada vista a través de un cristal quebrado, cruzamos miradas con los tragos suspendidos en las gargantas. Apretamos los labios sin saber realmente si esto es motivo para festejar efusivamente o es mejor esperar al día de la premiación.

Maximiliano agita las manos en señal de triunfo. Disparados por una descarga eléctrica, los demás compartimos risas, gritos de júbilo y algunos aplausos.

Los rayos nos ondulamos, vibramos ante la posibilidad de avanzar nuestra historia y mitificarnos.

—“Un rayo caído del cielo” —prosigue el Dr. Yankelovich— está nominado a Álbum del año y Mejor álbum rock. Júpiter nominado en la categoría de Nuevo artista. “Hay algo que no sabes” como Canción del año y Canción rock. Y Joel Reyna y Luz Records como Productor del año e Ingeniería de grabación para un álbum. ¡Felicidades, muchachos!

—¡Vamos por esos gramófonos! —exclama Maximiliano.

En este momento todo es poesía. Los planetas se alinean. Júpiter representa el camino del héroe. La punta de la montaña no está lejos. El sol está a nuestro alcance.

—¿Cómo te sientes, Aldo? —pregunta el Dr. Yankelovich. Suele resaltar mi figura entre la banda.

—Siento el deseo de bañarme en oro —aludo a la letra de una de las canciones del disco.

—Bien dicho, Aldo. No les quito más tiempo, muchachos. Los dejo celebrar. Se toman una por mí. Enhorabuena, disfruten su noche —se despide el Dr. Yankelovich y cierra diciendo—. Recuerden, muchachos, la vida es sola una y, como bien dijo Aldo, hay que bañarnos en oro.

Veo llegar a Eduardo al camerino. Algo tiene de especial esta noche porque él nunca viene a nuestras presentaciones. Si acaso lo vi fue cuando aparecimos en un programa de televisión.

Para que siga operando nuestra colectividad artística es contraproducente que públicamente aparezcan junto a sus artistas apadrinados, los doctores mecenas que están detrás de los proyectos de Luz Records, quienes en paralelo llevan a cabo una investigación en el mismo edificio donde se halla el estudio de grabación.

Al igual que la huella ensangrentada del dedo del asesino impresa en una página de un libro, dice más que el texto que lo incrimina. Una fotografía de cualquiera de estos doctores a lado de nosotros podría revelar más que una amistad inocente. Ni ellos ni nosotros nos disponemos a correr ese riesgo.

En las revistas médicas su compañía es celebrada, no como una bola de locos como yo les digo a sus espaldas, sino como unos genios de la regeneración celular. Incluso se ha esparcido el rumor de que este año pueden ser considerados a un Premio Nobel. Si alguien ata los cabos, ¿por qué no podría llegar a la conclusión de que algo turbio sucede tras bambalinas?

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Eduardo mientras se acerca.

—Sabes que soy fan. Hasta desempolvé mi vieja chaqueta de cuero —dice y hace un pequeño paso de baile—. Por nada me lo iba a perder.

—¿El Dr. Yankelovich sabe que viniste?

—Él me mandó. Esta noche vamos a probar un juego de luces y un sonido nuevo. Vine a supervisar que todo salga según lo planeado.

Un técnico del *staff* anuncia por radio que tenemos diez minutos para salir al escenario.

—No me agrada que estés aquí —le digo.

—Yo también te quiero mucho —responde. Y aunque noto sus ganas de darme un abrazo, me da una palmada en el pecho y se retira de la carpa.

Mi yo se disuelve frente al espejo de un tocador para maquillaje al tiempo que delinea de negro mis ojos. El espíritu solar de Elion Racard se apodera de mi esqueleto, de los músculos de mis brazos y piernas, de mi cadera y mi sexo. Posee mi lengua, mis cuerdas vocales y mi diafragma. Es mi amo y controla mi respiración y mis trazos. Con insólita rapidez armo una línea de coca sobre la mesa y la aspiro de principio a fin con un billete enrollado. Al erguirme de nuevo, el espejo me devuelve una imagen diabólica y decisiva. Entré en personaje.

Camino por detrás de mis cinco compañeros por un pasillo lleno de gente con la ilusión de ser invisible. Floto sobre la escalinata que lleva al escenario y tomo mi posición detrás del micrófono, al centro de la palestra. Cumplo con un saludo efusivo que hace gritar a los más de veinte mil asistentes y, tras los cuatro golpes de las baquetas de Ray, la música comienza.

Iluminados de rojo por las estructuras de luces alrededor del escenario, con animaciones cósmicas en las pantallas detrás de nosotros, abrimos con uno de nuestros éxitos, que la gente corea con sus teléfonos alzados en las manos.

Es una noche gloriosa. Todo sale a la perfección.

A mitad del concierto, observo en las primeras filas a un adolescente retorcerse como si estuviera herido. De su boca sale espuma y cae desmayado. El personal de seguridad lo auxilia enseguida y lo sacan de entre la multitud que no deja en ningún momento de cantar y moverse, salvo unos cuantos que estaban alrededor del joven caído.

Con la mirada sigo al adolescente. Los guardias lo llevan en brazos a una ambulancia que está a lo lejos. Al pasar bajo una luz, la playera del joven se ilumina y llama mi atención. Tiene bordada la S de Superman en el pecho.

Se acelera mi pulso. Algo afecta mi respiración. Un tiempo amnésico me golpea el cerebro. Un desprendimiento corpóreo me inhabilita de asumir mis funciones como vocalista. Mis manos son invadidas por un deseo de automutilarme. Flashazos de memoria hacen trizas mi cráneo. Dejo la canción a medias y mi lengua se descontrola con una sinceridad fatal.

—Se metieron a mi cabeza —grito al micrófono—. Me empujaron a su juego. Me enseñaron las reglas. Yo nunca quise firmar el contrato. Algo me hicieron los doctores. Y a ustedes también. Este concierto es una trampa magnética. Se les escapa su fuerza. Viven para los demás. Es mejor que se vayan a sus casas. Aquí alimentan la perversión. Los vampiros los saborean. Detrás del escenario hay unas esferas que...

Mi micrófono se apaga y yo no paro de hablar sin saber qué carajos me pasa que no puedo guardar silencio. ¿Por qué desvarío? De mis ojos saltan lágrimas y corren por mis mejillas. Oliver me dice algo que no comprendo. La banda continúa tocando. Ulises se pone a cantar en mi lugar. Entran dos técnicos del *staff*, me sujetan fuerte de los brazos y soy sacado del escenario.

Mi voluntad débil, antes traducida en un discurso que articulé a lo loco, se fortalece y actúa. Donde la violencia

impera, en primera instancia, solo puede engendrar más violencia para escapar de ella. Casi al final del pasillo, escoltado por los dos tipos que me toman de los brazos, creo que todo lo malo me va a suceder. Mis temores no están justificados pero se coronan reales. Observo el futuro: me van a encerrar en un cuarto y por más que lo intente no podré salir; llegará Eduardo y yo terminaré sedado con algún remedio inyectado en las venas.

Escucho cómo retumba el bajo y la batería, la base electrónica en el teclado al tocar nuestra única pieza instrumental; un éxodo psicodélico de cinco minutos que compusimos en honor a nuestros ídolos sesenteros. Al ritmo de la guitarra se rasgan mis pensamientos. Adiós sentido común. Empujo a los dos tipos que me sujetan de los brazos y me zafo. Los alejo lo suficiente para correr. Necesito esconderme, tomar aire y pensar qué demonios sucede conmigo.

Mis ojos son dos líneas que pasan por encima de la gente que esquivo. Mi visión converge a la distancia creando un triángulo que apunta al final del pasillo en busca de la salida y, por un momento, al imprimirle mayor velocidad a mis pasos, soy desprendido de mí mismo como en un viaje astral y asciendo sobrenaturalmente hasta alcanzar una visión cenital en la que me observo saliendo del túnel hacia una multitud sin rostro en la que me pierdo junto con sus gritos en el viento. Cuando creo que no puedo correr más rápido es cuando corro más rápido. Siento que me ahogo, me detengo, volteo alrededor, mis pulmones se llenan de oxígeno, y sigo corriendo.

¿HAY FORMA DE QUE  
SEA YO MI PROPIO  
OBSTÁCULO?



LA CALMA ES PROPIA DE LA RAZÓN Y YO LA PERDÍ. Los automóviles bajo mis pies fluyen en ambas direcciones de la avenida. Apurado, la cruzo de lado a lado sobre un puente peatonal oteando el horizonte. A la distancia veo un letrero que se destaca de los demás edificios por su luminosidad roja: HOTEL ARCOÍRIS. Mi pensamiento se aclara de juicios y maquina una solución: pedir el teléfono en el *lobby* y llamarle a Sara, mi hermana. Su número es el único que me sé de memoria. Armaré este rompecabezas con su ayuda.

Entro al hotel y me dirijo a la recepción con la mayor naturalidad que soy capaz de fingir. Un señor canoso detrás del escritorio me da las buenas noches. De favor le solicito el teléfono. Le explico que es una emergencia, que no tardo, que es una llamada local. Accede sin inmutarse y lo gira amablemente sobre el mostrador hacia mí.

—Necesito que vengas.

—¿Dónde estás? —pregunta Sara.

En un mal sueño donde soy un títere en la mano equivocada, pienso.

—En el Hotel Arcoíris —le digo.

—¿Qué haces ahí?

—Aquí te explico. Ven por mí, por favor. Ven lo más rápido que puedas. Estoy en el *lobby*. No vengas sola, Sara, que te acompañe Luis.

Cuelgo el teléfono, le agradezco al viejo su cortesía y le pido un último favor: una de las botellas de agua que tiene sobre el mostrador. Le prometo que luego regresaré a retribuirle su gentileza. Le digo que él no sabe quién soy pero que tengo los medios para pagarle con creces lo que hace por mí esta noche. Me pregunta quién soy y le respondo que es mejor que mi anonimato se mantenga. Que confíe en que volveré. Me la entrega. Le doy las gracias y voy a sentarme a la sala de espera. Noto que las puertas del ascensor se abren y, antes de que salga la gente de su interior, me levanto y camino al sanitario, un mejor sitio para no llamar la atención.

Encerrado en uno de los cubículos del baño, quieto sobre la tapa del inodoro, se compactan mis codos en mis rodillas, las palmas de mis manos en la parte de atrás de mi cabeza y una apatía onírica algo suicida hace de mi cuello un soporte débil. Estoy bañado en sudor, bañado en una fuente desconocida de tibieza que se va apoderando de mi energía y termina por desgastarme y corromperme. Trazo un mapa mental, analizo las palabras que dije al micrófono y las ordeno metódicamente. Las comprendo. Lo que no comprendo es por qué las dije a medio concierto sin proponérmelo siquiera. Brotaron de mi garganta como un vómito incontrolado.

La sustancia en la que nada mi cerebro está hecha de tiempo, solo unos días perdidos que no logro recordar me causan un sentimiento tan hondo que me quiebran en llanto. Mi confianza en Eduardo y Luz Records no puede estar más rota. Presiento su traición, sobre todo pasada, pero también venidera. Recuerdo que yo decidí no colaborar con ellos. Es

como si ese día que firmé el contrato fuera una pequeña vida que murió oprimida en mi pensamiento sin dejar registro. ¿Cómo pretendí guardarme un secreto a mí mismo? ¿Cómo es posible que sea yo la piedra angular de uno de sus proyectos, si bien había decidido hacerme a un lado?

Sé que mi carrera musical no es más que la sombra de sus planes. Sé de la kryptonita, de su búsqueda de la inmortalidad. Me acostumbré a no tener problemas con eso. ¿Entonces por qué de repente siento que toda esta situación ahora me molesta si no es así? ¿O sí me molesta? ¿Hay forma de que sea yo mi propio obstáculo?

Enderezo la espalda. Tenso mis hombros, mi cuerpo entero, descubro que traigo en uno de los bolsillos del pantalón unos gramos de coca. No quiero. Sí quiero. No quiero. Le quito el seguro a la puerta del cubículo, la empujo lentamente y camino al lavabo a observar mi reflejo a detalle. Platicar al espejo siempre me funciona.

—Tuviste un fallo. Necesitas reprogramación. Eso es todo —me digo a mí mismo a los ojos.

—Lo que necesitas —replica Elion Racard— es cocaína.

Algo de mí continúa bajo su hechizo, esclavo de su identidad.

—Necesitas dormir —objeto.

No queda duda: estoy completamente disociado. La psicosis me tiene en sus garras. Aplasta mi razón hasta volverla una onda corpuscular ultragelatinosa sumergida en un desenlace nebuloso en el que se abre la puerta del baño y entran a secuestrarme los médicos de Luz Records para hacer de mí un robot.

Al espejo, una imagen abrumadora. El rímel corrido en mis ojos y mi cabello largo desbaratan mi rostro. No me siento ni Aldo Carneiro ni Elion Racard, sino como la metamorfosis

del olvido, un espantapájaros confeccionado sin mente como el de la película *El Mago de Oz*, un personaje que no encuentra Kansas ni edén. Las zapatillas rojas son exclusivas de Dorothy. Mi camino amarillo, iluminado por las llamaradas del infierno, conduce por un callejón angosto donde al final del trayecto el Mago ni es mago, solo un motivador en bata de doctor que usa frases propagandísticas: “Sigue así, muchacho. Tú puedes. Échale ganas. Eres grande. Una estrella de rrock. Vende más boletos. Llena más estadios. Aplausos. Aplausos”.

Saco del pantalón la bolsita de coca. Doy media vuelta y entro de nuevo al mismo cubículo en el que estaba. Me acomodo al revés sobre el inodoro, de frente hacia la pared, de espaldas a la puerta, y vierto el polvo sobre la tapa del tanque. En un movimiento torpe tiro con el pie la botella de agua que olvidé en el suelo. La recojo y al sostenerla en la mano un pensamiento relámpago alumbrá mis reflexiones. ¿Cuánta energía en el agua de su cuerpo perdió ese joven para caer y convulsionar de ese modo? ¿Qué banda de música mata a sus seguidores? Qué atroz manera de recompensarlos por su apoyo. Ellos solo ven un tercio de lo que abarca la realidad. Sin destrucción, no hay creación. Sigo sin entender por qué de pronto me cuestiono estas cosas. Si es caro el precio que pago por compartir con el mundo mi música o es el precio justo por la inmortalidad de mi obra y, a la vez, de Eduardo, del Dr. Yankelovich y toda esa bola de locos que se resisten al tiempo. Estoy arrepentido de formar parte de esa organización, arrepentido de verdad, consciente del mal que hago, no con el arrepentimiento falso que deviene del fracaso, pues mi carrera es un éxito. Por ahora, cocaína; esa es la cuestión que me atañe. Alguien golpea por fuera la puerta del baño en el que me encuentro.

—¿Estás ahí, Aldo? —es la voz de Martín—. ¿Estás bien?

—Tumba la puerta. Puede que esté desmayado —escucho decir a Luis.

—¡Aldo!

Alzo la mirada y veo la cara de Martín asomándose por encima del cubículo de al lado. Al vislumbrar su rostro de conmiseración, imagino que esta escena no me favorece en lo absoluto. Me arreglo un poco el cabello, limpio de mi nariz el polvo que delata mi adicción, algo que escandaliza a cualquiera que no consume, y me pongo en pie.

—¿Estás bien? —pregunta Martín otra vez.

—No —admito—. Algo me pasa y no sé qué es.

—Sara está en el auto esperando —dice Luis, pegado por fuera a la puerta.

—¿Qué tienes? —me pregunta Martín aún con su cara por encima del cubículo.

—En el auto les cuento. Vámonos.



LAS COSAS  
**NO FUNCIONAN**  
ASÍ, AMIGO



LA LUNA LLENA EN LO ALTO DEL CIELO NEGRO, como asentada en un trono real, desaparece a las pocas estrellas perceptibles desde la ciudad. Ella es mi confidente, telepáticamente intercambiamos pesares. Me aconseja quitarme esta máscara y ser honesto por primera vez en dos años, pero, detrás de esta máscara, tengo otra.

—¿Qué es lo que tienes? —me pregunta Sara al volante, a una velocidad media sobre el carril de baja velocidad—. ¿Por qué me llamaste así de la nada?

—No estoy seguro de qué es lo que tengo. Solo sé que perdí el control en el escenario. Dije cosas que no quería decir y luego me sacaron como a un borracho. Cuando me llevaban de vuelta al camerino, corrí. Tuve un mal presentimiento y corrí.

—¿Qué dijiste? —inquieta Martín, a mi lado en el asiento trasero.

—No importa —me limito a decir—. Lo que importa es esconderme por un rato. Necesito un descanso, irme de la ciudad. Despejarme de este ritmo de vida.

—Lo que tú quieres es escapar de tus problemas —dice Luis, quien viaja de copiloto.

—Exacto, cuñado —remato—. Tú sí me entiendes.

—Yéndote de viaje —prosigue Luis— los problemas irán contigo, a donde quiera que vayas. Lamento ser yo quien te lo diga, Aldo, pero tus problemas son tus adicciones.

Después de todo, Luis no me entiende.

—Lo que no quiero es que Eduardo sepa dónde estoy —confieso—. Quiero estar lejos de él.

—Si tío Eduardo es la persona que más te cuida en este mundo —repone Sara.

—No lo conoces. Eduardo está obsesionado con ser inmortal. Me toma por medio para sus fines científicos.

—¿De qué hablas, Aldo? —indaga Sara—. Tío Eduardo te quiere tanto como yo.

—Necesitas tratamiento lo más pronto posible —arguye Luis—. En un centro de rehabilitación vas a estar mejor. Mi hermano tiene un contacto. Es un rancho afuera de la ciudad. En veintiocho días estarás como nuevo. Ahí trabajan expertos. Yo he visto milagros, y sabes que no soy religioso.

—Lo que necesito es ir a la playa —discrepo—. Ahí estaré mejor. Solo. Por favor, llévenme al aeropuerto. Necesito algo de dinero, pero en cuanto tenga acceso a mi cuenta se los repongo.

—Está bien, vamos al aeropuerto —concluye Sara.

Un silencio desagradable se crea en el interior del auto. Relajo mi cuerpo en el asiento y regreso a observar la luna a través de la ventana. Pasados unos minutos, sospecho que me tachan de loco, que en realidad terminaré en el centro de rehabilitación como dice Luis.

—Sara, ayúdame —le suplico con mis manos puestas en su respaldo.

—Te voy a ayudar —responde—. Te lo prometo. Pero no a tu manera.

—Tiene que ser a mi manera —alzo la voz.

—Las cosas no funcionan así, amigo —dice Martín.

Sara desvía el auto y se orilla en la avenida en el carril de emergencia. Detiene el auto justo detrás de una camioneta negra que está estacionada. Intento abrir la puerta pero tiene seguro. Lo intento varias veces y no se abre. Lo intento desesperado y nada que se abre.

—¿Qué haces? —pregunto alterado.

—Lo que hago es por tu bien —explica Sara.

—Necesitas entender que no estás solo —dice Luis—. Nosotros estamos aquí para ayudarte.

—¡Yo elijo mi propia recuperación! —les grito—. No me pretendan guiar.

—Aldo, eres mi hermano, yo te amo. Espero que algún día lo comprendas.

—Qué pésima idea fue acudir a ti, Sara. Debí suponer que estabas del lado de Eduardo.

—Ese que habla no eres tú, amigo —dice Martín—. Es la enfermedad de tu adicción.

Si mi enfermedad es el sendero del egoísmo, entonces estoy totalmente enfermo. Enfermo de desconfianza. Ni en mi propia familia ni en mis amigos puedo apoyarme. Al carajo. Estoy solo.

Me lanzo sobre Sara para desactivar el candado de la puerta, situado en el antebrazo de su asiento. Ella grita espantada y me suelta manotazos en la cara. Luis me sujeta del brazo y dice que piense bien las cosas. Martín solo pide que me detenga. Sara me jala el cabello. Somos igual de iracundos. Para librarme de Luis le doy un codazo que impacta directo en su nariz. No puede más que doblarse y maldecir. Aprovecho la distracción de Sara y logro presionar el botón. Escucho que el candado se desactiva. Abro la puerta. Martín, en una

especie de tacleada, me sujeta del dorso. Volteo y con el puño cerrado lo mando de espaldas a la otra puerta. Salgo del auto y observo cómo de la camioneta negra se bajan varios sujetos, entre ellos distingo al Dr. Zhang y al Dr. de la Fuente. Corro como un demonio. Les llevo varios metros de ventaja cuando un aguijón se me clava en la espalda y un dolor me destruye el sistema nervioso. Batallo para poner pie tras pie. Mi cuerpo se tambalea. Llevo la mano a mi espalda y siento un objeto delgado, como una flecha. Lo sabía, estos bastardos todo lo resuelven con inyecciones, ahora en dardos a distancia.

# EL FÉNIX



CONSUMIDO POR UN PESIMISMO ASFIXIANTE, envuelto en la oscuridad, predomina en mí toda suerte de tormentos mentales; una esperanza remota.

Tengo los párpados pegajosos, pastosa la lengua, siento que de mi nariz escurren gotas de sangre que se deslizan por mi barbilla. No puedo moverme para nada, ni siquiera la cabeza.

Estoy dentro de un sarcófago invisible. Una línea de luz que se cuele a través de una puerta cerrada es lo único que distingo. Quiero pensar que esto es solo una pesadilla, sin embargo, sé que no es así.

Los focos se encienden y pintan de blanco mi vista. Me hallo en una recámara con paredes de acero que parece una prisión de máxima seguridad. Algo me dice que estoy en alguna pieza oculta dentro del edificio de Luz Records, siempre he sospechado que hay muros falsos que llevan a lugares secretos como este.

Con mis ojos lacrimosos, estoy erguido en un ataúd hecho de fibra de vidrio que inmoviliza y aprieta mi cuerpo y sujeta mi rostro con una careta que me obliga a mirar de frente, como un castigo medieval pero moderno.

Llego al colmo del dolor, no le encuentro sentido ni a los gritos de angustia. Mi alma está enferma de náuseas.

Mis sospechas resultan ciertas cuando veo que se abre la puerta y aparece la estampa del Dr. Yankelovich, vestido de negro de pies a cabeza como un gánster, con gabardina, sombrero y apoyando sus pasos sobre un bastón de marfil que tiene tallado en el mango una serpiente. Viene escoltado a su espalda por Eduardo, el Dr. de la Fuente, el Dr. Mariscal y el Dr. Gámiz —todos de negro—, quienes al ingresar a la blanca recámara se acomodan en pares a sus costados, como si el acompañarse en pandilla no comprometiera a nadie y autorizara este crimen; peor que un crimen, un error.

Instintivamente postro la mirada en Eduardo. Me hace una reverencia con la cabeza. No oculta la sonrisa debajo de su bigote. ¿De qué demonios se ríe este cabrón?

—Sabíamos que esto ocurriría —dice el Dr. Yankelovich—. Llevamos tiempo preparándonos para este momento. Concéntrate. Este cuadro es el último que verás como Aldo Carneiro. Hemos preparado tu despedida con todo el cariño del mundo. Aunque tu vida no vale lo que cuesta, Aldo, mereces nuestros aplausos y flores. Estamos muy agradecidos contigo y queremos decirte adiós como el hijo que has sido para nosotros.

—Yo no sé ustedes —dice el Dr. de la Fuente—, pero yo nunca he visto un Cristo más bello.

—El viaje del héroe consiste —externa Eduardo— en nacer, morir y renacer. Esta es la noche, Aldo. Donde está el dolor, está también la salvación.

—No quiero escuchar sus discursos —les digo con la voz rota a través del objeto transparente en el que estoy atrapado—. Solo díganme qué van a hacer conmigo.

—Si así lo deseas —sentencia el Dr. Yankelovich y golpea tres veces el suelo con la punta de su bastón.

Un hombre entra al cuarto. Los doctores abren un espacio entre ellos y el hombre camina hasta quedar al centro del grupo, a la derecha del Dr. Yankelovich.

No lo puedo creer. Es idéntico a mí en todo, físicamente y también en estilo. Trae puesto el mismo atuendo que usé para la portada de la primera revista en la que salí. Su rostro resplandece tanto como el medallón dorado que cuelga en su pecho de una cadena, con la figura de un ave con las alas abiertas.

—Buenas noches. Soy Aldo Carneiro —se presenta el hombre—, líder de Júpiter.

—¿Qué clase de broma es esta? —interrumpo absorto—. ¿Quién es esta copia?

—Estoy listo para salir y tomar tu lugar —responde—. En este mundo no podemos haber dos iguales, así que dile adiós a tu fama y fortuna. Despídete de tu nombre. Solo quiero que sepas que yo siempre seré tu admirador número uno.

—¿Qué está pasando? —vocifero.

—Tu muerte —contesta mi doble impostor—. Tu muerte es lo que está pasando.

—Esto —apenas si digo con mi garganta hecha nudo— no puede ser real...

—Esto es más real que la realidad —dice el Dr. Gámiz—. La industria de la clonación lleva más de treinta años. Cuando tú naciste, Aldo, ya se clonaban humanos. La oveja Dolly, eso no es nada.

—Les suplico —expreso al borde de un llanto desenfrenado— que entiendan que este castigo es mayor a mi culpa.

—No se castiga a un hombre por haber cometido un delito, sobrino —explica el traidor de Eduardo—, sino se le castiga para que el delito no se vuelva a cometer.

—Muchacho —interviene el Dr. Yankelovich—, no nos dejaste otra opción. ¿Tú crees que queríamos llegar a esta

instancia? Por supuesto que no. Pero sigues mostrándote débil y eso no va con los planes de la empresa.

—En cambio yo —dice ese hijo de puta que me roba la identidad—, he sublimado tus errores. Con tu sacrificio, hermano mío, de tu costilla, de tus cenizas, yo renazco. Soy el Fénix.

—Por favor —les digo—, ¿en serio pretenden que este imbécil tome mi lugar así nada más?

—No así nada más —media el Dr. Mariscal—. Fénix, si nos haces favor...

Mi gemelo maldito, esa mentira con patas, camina de frente, pasa a un lado mío y se pierde a mi espalda. El Dr. Mariscal se me acerca, agacha su cuerpo y escucho cómo remueve una especie de seguro en la parte inferior de la armadura que me mantiene inmóvil. Siento entonces cómo el Dr. Mariscal me gira sobre mi propio eje y se me revela la parte de la recámara que estaba detrás de mí.

Observo al tipo que me suplanta sentado en un banquito de cara a un piano cenitalmente iluminado. Al poner sus manos sobre las blancas sé qué canción va a tocar: “Hay algo que no sabes”.

Con una conciencia demasiado lúcida se proyectan en mi mente como en una película las noches de hace tres años en las que compuse hasta el amanecer esa mi primera canción, bebiendo cerveza, whisky y mi propia euforia. Sin embargo, esta visión nostálgica ya no me pertenece.

Aquí, ahora, entregado a la lamentación, por más que acuse largamente a todos y a todo, no puedo cambiar mi destino.

Estoy obligado a escucharla en una voz que cualquiera juraría que es la mía, hasta yo.

Ni en el infierno me espera algo así.

Júpiter, hay algo que no sabes

Mis oídos son torturados con la perfecta interpretación de esa cosa que ni es humana. Un calor profundo me quema. Las lágrimas empapan mi cara. Mis entrañas están despedazadas por los colmillos de esta bola de vampiros. Y el monstruo de Frankenstein luciéndose al micrófono, alcanzando las notas que yo batallo para alcanzar.

Una epifanía se engendra como las raíces de un árbol y va creciendo dentro de mi cerebro hasta llegar a una conclusión que me entristece. La letra de la primera canción que escribí narra esta historia.

En el fondo, bien sabía mi camino antes de que empezara siquiera. Es como si yo mismo lo hubiera trazado sin darme cuenta, oculto para mi conciencia pero no para las fuerzas cósmicas que gobiernan mi vida. Entre sollozos, suelto una risa sardónica.

Por primera vez mis sueños forman esta realidad  
En el cielo detrás de las cortinas  
El agua verde del recuerdo se condensa  
Y llueve por las noches  
La energía que perdemos al amar  
Ahora hierve la verdad  
Con el combustible de tu cuerpo y el humo de mi voz  
En mi nave tentación  
Hay algo que no sabes  
Siempre mi semáforo está en rojo  
Porque al otro lado del camino hay un caníbal  
Que solo se alimenta de pasión  
Hay algo que no sabes  
Siempre tengo rotos los espejos  
Y un doctor me extirpa las memorias  
Para no pensar en ti

En un viaje de años luz  
Los planetas alineados  
Con las cartas que has tirado  
Nos anuncian nuestro cruce al otro lado  
El olvido nace de mi pecho como un alien  
En su rostro una criatura como yo  
A mi carne le hace falta un esqueleto  
Es la historia que perdimos entre dos  
Hay algo que no sabes  
Hay un tráfico que nunca se detiene  
Es la sangre  
La promesa de que todo irá mejor  
Hay algo que no sabes y es muy cierto  
De la prosa al diseño de mi ego  
Tú te pierdes  
Yo me pierdo  
Pero permanece el rock.

La canción termina y los aplausos de los doctores no se hacen esperar. Los cinco se enfilan hacia donde está mi clon y lo envuelven en abrazos. Eduardo trae consigo un ramo grande de rosas que le entrega. Lo besa en la mejilla y sacude con la mano su cabello. Claramente escucho que le dice que lo quiere como al hijo que nunca tuvo.

—Yo también te quiero, tío —contesta el Fénix, ese asqueroso y falso yo.





Y A PESAR DE LO  
MUCHO QUE AMO  
ESTAR ASÍ CONTIGO



DESDE QUE TENGO MEMORIA vivo en Delfina, un pueblo desconocido al sur de Chiapas donde una fuerza superior me instala sobre el terreno de la verdad y bajo su cielo encuentro la forma de quererme, me vuelvo una persona callada, pierdo elocuencia porque mi pecho habla alto.

En esta playa virgen nada es pequeño, aquí no existe la ciencia, solo la fe, es como estar cerca de Dios, es el principio de todo, el fin de todo, la razón de todo. No se admite pasado ni futuro, la brisa barre todo sentido del tiempo, es el Aquí y el Ahora.

Puede que en Delfina no existan los poetas —ni yo— pero existe la poesía.

Como cantinero de Parachico Marino, un restaurante botanero de mariscos cerca del mar, estoy más en contacto con Delfina que el resto de la gente. En mi puesto detrás de la barra, cada historia que los clientes me cuentan es un evangelio, son profundas, tienen mensajes, en sus corazones está la humanidad.

Por lo general, se bebe para que los demás se tornen interesantes —también uno mismo—, pero en Parachico

Marino se bebe para alargar la vida, detener el reloj. En nuestras mesas, barra y pasillos, ocupadas por los locales y extranjeros, sopla un aire que nos cubre de una amistad real aunque no hablemos el mismo idioma.

Por el techo de palma del restaurante, de cuando en cuando se cuele un duende que necesito atrapar, tomarlo por los pelos, sentarlo a lado mío y darle una cerveza. Es el duende-inspiración, pensamientos relámpago que solamente en mi cuaderno hallan tregua. Nada más encuentro unos minutos en los que puedo bajar la mirada y transcribo sobre la barra esas frases que atraviesan mi mente y con las que preciso lograr algo bello y vivo.

Mis versos saben más de mí que yo de ellos, es como si ya estuvieran terminados antes de que apoye la pluma sobre la hoja. Los pasajes más puros de mi cuaderno están iluminados con líneas dedicadas a Rosario, la mesera estrella de Parachico Marino, una muchacha de piel olivácea, chaparrita y escultural que me hace escribir la palabra *amor* con demasiada frecuencia.

Su suerte es un reflejo de su personalidad. Todos los que entran al restaurante le dan su mejor trato; para nada ficticio. Cuando vi su sonrisa por primera vez, supe que seríamos novios. Hace seis meses que vivimos juntos. No amo a Rosario por algo en particular, por sus modos o porque sea hermosa; la amo porque la amo. Con ella me siento desnudo, siento que tengo menos piel, depura mis pasiones, aprendo a amarla, estar al pendiente de ella se vuelve mi ocupación, un arte sin industria como mi poesía. Todo lo demás es ocio, incluido este trabajo.

Nuestra relación no estriba en la sexualidad sino en la ternura. En este planeta que tiene ojos y no ve, oídos y no oye, solo pierde, gana dinero, trabaja, cuenta las horas, dice que

está bien cuando no lo está, calla lo importante, ahorra para un viaje que no despega. Amar es un logro, lo más cerca a la plenitud. Cuando hago el amor con Rosario siento que hago el amor con el universo. No es que yo haga a un lado sus defectos, sino que no los conozco. Y ella no tiene ojos para los míos, ella me ve con el alma.

Al reposar mi cabeza sobre su cuerpo, descanso de los gritos que están dentro de mí. No son criaturas del inframundo las que me gritan, tampoco son ángeles; es un chillido eufórico de gente en masa que quiere algo de mí pero no sé qué. Trato de ignorarlos y ya. A veces puedo; otras, solo una caminata me alivia.

Llegamos a la casa a las cinco de la mañana y nos vamos directo a dormir. Despertamos al mediodía y yo preparo el desayuno mientras ella siempre encuentra algo que limpiar. Luego se pone su delantal y en el estéreo música para hacerle compañía; se sienta en su banquito, saca su bastidor y se pone a pintar en óleo. No sé por qué le llaman naturaleza muerta si en sus cuadros está la vida. Nuestra casa está decorada con todas esas frutas que parecen hablar, que me dicen: “Estos son mis rostros, soy Dios”. Hoy escucha el desenchufado de Júpiter, uno de sus álbumes favoritos.

—Eric, ¿cómo es posible que no te guste Júpiter? —me dice Rosario con su voz de ardillita—. Si te pareces tanto al que canta.

Siempre que los escucha me dice eso.

—Me gusta su música —le contesto—. Pero hay algo en ese vocalista que me parece tan falso. No me agrada. Sabes que prefiero cuando pintas con *jazz*.

—¿Quieres poner otro disco?

—Está bien así. Voy a salir un rato. Me duele un poco la cabeza. Necesito algo de sol.

Beso sus labios y la dejo concentrarse en su obra. Por el camino arenoso, con mi cuaderno en la mano, saludo a las personas que van apareciendo a mis costados. Hay un perrito que a veces me sigue y hoy es uno de esos días. Le saco plástica para saber cómo se encuentra, mueve su cola y ladra que todo está bien. Me dice que no me preocupe, que pronto esas voces en mi cabeza se irán. Le creo.

En la playa, las personas se funden con el paisaje, es como si cada uno de nosotros fuera el primer y el último habitante del mundo, somos absorbidos por el movimiento eterno de la inmensidad poética.

La magia que hay aquí hace que todo sea parte de una misma palabra, de un mismo espíritu que desaparece la carne, los huesos y el ego, de una misma maravilla nacida de una misma respiración. En el horizonte no hay línea que separe al mar del cielo, al igual que mis pasos sobre la arena. Todo es Uno.

El perrito ya no está a mi lado. Yo continúo caminando hasta perder de vista a la gente. En esta playa tengo predilección por un sitio, una formación rocosa donde las olas golpean fuerte. En su geomorfología encuentro esculpido por la naturaleza un Brontosaurus sin patas. Lo trepo por su cuello largo hasta llegar a la cima, donde, con el sol en el cenit, no hay sombras ni amarillos quebradizos y la tinta escrita en las hojas de mi cuaderno tiene una claridad inconmensurable.

Mis ojos, mis dedos, mi pluma y mi alma están conectados de tal manera que afinar los detalles de mis poemas es fácil. Aquí tacho los versos que no fluyen, cambio alguna palabra, las emociones sueltan sus últimas chispas y pongo el punto final.

Sentado a la orilla de la roca, refrescado por la brisa, del arillo metálico del cuaderno saco la pluma, voy a la hoja donde está el poema que apenas lleva tres días cobrando su propia

vida, le hago unas primeras modificaciones y, a los cuatro vientos, lo leo en voz alta:

Cada vez me enamoro más de ti  
De mí  
De los dos  
¿Qué hacer con este cuerpo y este espacio?  
Todo  
Incluso estas palabras  
Me será tomado a mal  
Intento detener el tiempo  
Un concepto incontenible  
Algo espontáneo rueda sobre mí  
Tiene redondez  
Peso  
Profundidad  
Su propia luz  
Parece mi vida  
La tomo y la pongo en tus manos  
Toma, Rosario, esto es mi vida  
No tengo más talentos  
Solo este sentido de apreciar las cosas detrás de las cosas  
Estar enamorado de ti  
De verdad enamorado  
Es el mayor éxito de todos los éxitos  
La eternidad está en nuestros labios  
El sol nos carga sin esfuerzo como el inmortal al tiempo  
Y a pesar de lo mucho que amo estar así contigo  
Hay noches en que sueño con dejarte  
Ir tras el oro y la fama  
¿Estoy loco?  
¿Me pasa lo que a todos?  
¿Qué me pasa?

Fotografía: Diego Menabrito Sada

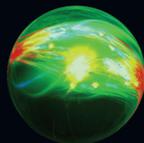


*David Alfonso Estrada* (1984, Monterrey, México) estudió Comunicación Social en la Universidad Regiomontana y se especializó en producción audiovisual. En 2010 mereció la beca Jóvenes Creadores de Conarte en la categoría de Artes Visuales y en 2014 fue nominado en el festival de cine Pantalla de Cristal a Mejor Edición de Reportaje Noticioso. Su novela *La pecera de Dios* obtuvo el Premio Binacional de Novela Joven Frontera de Palabras/Border of Words 2019 a través del Programa Cultural Tierra Adentro.

*Júpiter, hay algo que no sabes*, novela de David Alfonso Estrada, me llevó a un contexto diferente. Narración bien llevada, con algo de misterio, personajes trazados con acierto. Ocurre algo que queremos seguir. Un músico de rock es conducido por su tío a una extraña oficina en donde se desatará una atractiva ficción con aires futuristas.

*Humberto Guzmán*

En esta novela, David Alfonso Estrada explora los terrenos de la ciencia ficción en una narración sostenida que engancha al lector desde la primera hoja y hasta el final de las breves horas que decidirán para siempre la vida de su protagonista. Aldo Carneiro, un músico y actor de teatro, recibe repentinamente una oferta para grabar sus canciones con un misterioso sello discográfico; pero no todo es lo que parece. Hay puertas ocultas, personajes extraños y maquinaria inusual en la disquera. ¿Cuánto estará dispuesto a sacrificar con tal de conquistar sus sueños de fama y oro?



**SDC**